

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



ROBERTO REY

ROSITA MORENO



EL PRINCIPE GONDOLERO

EL PRINCIPE GONDOLERO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
PUBLICACION QUINCENAL
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

**EL PRINCIPE
GONDOLERO**

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los simpáticos artistas de la pantalla

Roberto Rey y Rosita Moreno

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 234 - BARCELONA

NARRACIÓN LITERARIA DE
MANUEL NIETO GALÁN

PRINCIPALES INTÉRPRETES

El Príncipe Pietro.	ROBERTO REY
Miss Adela Grant.	ROSITA MORENO
El Príncipe Dantarini	Andrés de Seguro
Mister Grant	Manuel Arbó
Salustiano Green.	José P. Pepet
Beppo.	Cantarino Pirrin
Muchacha veneciana	Elena Landeros
El abogado.	Juan de Homs



PRODUCCIÓN SONORA
DE LA INVICTA MARCA

PARAMOUNT FILMS

DIRECTOR: J. M. MESSERI



Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

El conflicto Chino - Japonés

CONSTA DE OCHO CUADERNOS

Portada a todo color - 16 páginas de texto

Reproducción en papel couché de fotografías remitidas por avión

Títulos de los cuadernos



La Mandchuria en llamas
Primeras hostilidades
¿Estallará la caldera?
Bautismo de sangre
La triste jornada de Tsi-Tsi-Kan
Hospital de Sangre
Un duelo sobre las nubes
Los estudiantes de Nánking

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
cubrir del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el envío. Franco de gratia

20 cts
cuadernos

EL PRINCIPE GONDOLERO

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LA LEYENDA DEL CASTILLO DE LOS DANTARINI

VENEZIA, la ciudad milenaria tan cantada por los poetas, la de los anchos canales, la de las ricas góndolas, en las que parece todavía revivir aquellas leyendas de amor que la hicieron famosa, sigue todavía atrayendo a ella la curiosidad de los extranjeros, que buscan en las frágiles embarcaciones algo que recuerde lo de los tiempos pasados.

Por sus canales, siguen deslizándose las góndolas artísticamente adornadas, pero en ellas ya no son las princesitas y los galanes los que cruzan los canales, sino los curiosos que van en ellas para satisfacer el deseo de conocer algo de lo que fué la vieja Venecia.

En una de estas góndolas, iba una familia compuesta por dos mujeres, la mamá, una verdadera antigua, y dos caballeros. Eran turistas que se servían de

uno de los guías venecianos para ir conociendo todo lo que tuviese de famoso la ciudad.

—Estoy segura de que estamos en Venecia, mamá—le decía la joven.

—Te digo que no—respondió la vieja, mirando una guía que llevaba en su poder—. Hoy es lunes, y la guía dice que no llegamos a Venecia hasta el... viernes.

La joven tomó la guía de manos de su madre, y le dijo:

—Deja, a ver si es eso lo que dice la guía.

Miró la fecha en que había sido editado el libro, y se lo devolvió, exclamando:

—Pero, mamá, esta guía es del siglo pasado...

El guía continuaba dándoles informes de los edificios que desfilaban ante ellos, y señalando a un histórico castillo que se alzaba a orilla del canal, les dijo:

—Ahora verán los señores el histórico palacio de los Dantarini, una de las familias más rancias de Europa. Fíjense ustedes en el escudo de armas de la fachada. La inscripción, en latín, es fragmento de la vieja leyenda «POR LA RAZON O POR LA FUERZA». En el año 1499, el príncipe reinante, Giovanni Dantarini, volvió de la guerra, y a medida que se acercaba a este palacio, les decía a sus remeros:

—¡Remad más fuerte, villanos! ¡Que la góndola aligere!

La prisa del príncipe era para ver a una cautiva que tenía encerrada en los calabozos de su palacio, donde tenía instalados varios horrorosos aparatos para

someter a sus prisioneros a los más dolorosos tormentos. La cautiva que tenía allí era una bella joven, que quería que le amase por la fuerza, y como ella se resistiera, la encerró en una especie de jaula para obligarla a acceder a sus deseos amorosos, por la razón o por la fuerza. Hay que tener presente—siguió diciendo el guía—que las dos únicas pasiones de los Dantarini han sido siempre la guerra y las mujeres.

Cuando llegó el príncipe al palacio, lo primero que hizo fué bajar a los sótanos para visitar a su prisionera, a la que le dijo:

«—Buenos días, amada mía. ¿Tenéis algo que decirme?»

«—Que me dejéis en libertad»—respondió.

El príncipe sonrió burlescamente ante la petición de su prisionera y le respondió:

«Decidme antes que me amáis.»

La cautiva, comprendiendo que el único medio de salir de su encierro era el de acceder a los deseos del príncipe, exclamó finalmente con tenue voz:

«Os amo.»

«No—respondió el príncipe—. Habéis de decirlo más fuerte.»

«Os amo»—volvió a decir la cautiva algo más fuerte; pero tampoco satisfizo al príncipe, y le insistió para que alzase la voz, diciéndole:

«Todavía más alto. Que todo el Principado os oiga.»

«¡Os amo!»—repitió la muchacha—. «Quisiera

arrancaros vuestro corazón para dárselo a comer a los peces.»

Aquello desesperó al príncipe, quien, volviéndose a sus vasallos, les dijo: —«Tenedla otra semana en la jaula.»

Pero la debilidad de ella venció la aversión que le inspiraba el príncipe, y poco después no tuvo más remedio que casarse con él. Tuvo alguna descendencia y ésta es la que hoy ocupa el palacio de los Dantarini.

En aquel instante, una góndola en la que iban un muchacho y una joven, se cruzó con la de los turistas, y el gondolero, señalando a ella, les dijo:

—Ahí va el último descendiente de los Dantarini, el príncipe Pietro.

Era éste un joven simpático, vestía elegantemente, y en su sonrisa optimista se advertía toda la alegría de que estaba poseída su juventud. A su lado, dormitaba en aquellas primeras horas de la mañana, una muchacha veneciana que, sin duda, enamorada como muchas otras, del príncipe Pietro, había accedido a pasear con él aquella noche, por los románticos canales.

El príncipe Pietro la miró un rato en silencio, y como advirtiera que ella abría los ojos, la dijo cariñosamente:

—Buenos días.

—Buenos días—respondió ella sonriendo.

—Dame un beso—le pidió el príncipe, cogiéndole mimosamente la carita. Ella rehuyó la caricia y respondió coquetamente:

—No.

—Sí—insistió él.

—No—volvió a decirle ella.

El príncipe la rodeó amorosamente con su brazo, la estrechó contra su pecho y, mirándola fijamente a los ojos, la dijo:

—Y ahora, ¿me das un beso?

No pudo resistir la veneciana el poder fascinador de la mirada del Príncipe y respondió:

—Bueno.

Pero, cuando fué a darle el beso, él la rechazó riendo, diciéndole:

—No, gracias; ahora no lo quiero.

Y, ante la asombrada mirada de ella, continuó, al mismo tiempo que llegaban ante la puerta del palacio de los Dantarini:

—Era solamente cuestión de principio. Los Dantarini siempre vencen.

En aquel momento, oyó la voz enfurecida de su abuelo y saltó de la góndola, al mismo tiempo que llegaba su fiel criado Beppo, a quien preguntó:

—¿Qué pasa, Beppo?

—Vuestro abuelo, excelencia—respondió, asustado, el criado—. Nunca lo había visto tan enojado.

Pietro conocía el carácter de su abuelo. Sabía que todavía conservaba aquel dominio absoluto que fué la característica de su familia, y en los momentos de ira, era capaz de todos los atropellos habidos y por haber. Los criados, cuando lo veían en aquel estado, corrían

a alejarse de su presencia, como si fuera un huracán el que se les viniese encima. Pero Pietro, que sabía que el cariño del abuelo hacia él era aún mayor que todos sus arrebatos de cólera, no mostró la menor inquietud y solamente preguntó:

—¿Y por qué está así? ¿Porque salí de paseo a tomar el aire?

Desde dentro, su abuelo seguía gritando y diciendo:

—¡Me dijo que no iba a tardar más que media hora, y esto fué anoche, antes de las diez!

Salió, por fin, el abuelo, y, al ver a su nieto, se encaró con él, diciéndole:

—¡Pietro, quiero que sepas que en esta casa mando yo! ¡yo!... ¡yo!... ¿Lo oyes?

—Claro que lo he oído, abuelo—respondió riendo el nieto.

Entonces su abuelo se fijó en la góndola, que seguía parada al pie de la escalinata del palacio, y exclamó:

—Lo que me figuraba, ¡con una mujer!... ..Y bonita ¡caramba!

Su nieto, sin darle importancia al furor que demostraba su abuelo, le echó el brazo por el cuello y lo metió dentro del palacio, diciéndole:

—Abuelo, acaban de contarme un cuento precioso, un cuento magnífico...

—¿Conque media hora, eh?—siguió refunfuñando el abuelo.

—Te decía—volvió a repetir el Príncipe Pietro—

que me habían contado un cuento magnífico. Le ocurrió a un náufrago en una isla desierta. Desde hacía mucho tiempo, el pobre no había visto ninguna mujer.

—¡Bah, bah, bah!—exclamó el abuelo—. ¡Tengo que hablarte de algo muy serio!

El Príncipe, que sabía de lo que se trataba y que quería a toda costa evitar aquella conversación, volvió a su tema y continuó diciéndole:

—...y resulta que en la playa, un día encontró pisadas humanas, de un pie desnudo...

—Es inútil cuanto me digas—le interrumpió su abuelo—; no lograrás que no te hable hoy de lo que tanto nos interesa a los dos.

Abuelo y nieto se habían sentado ante una mesita en la que ya estaba servido el desayuno del viejo Dantarini, y éste preguntó a su nieto:

—¿Has desayunado ya?

—No. ¡Y a fe que lo necesito!

—Pues desayuna conmigo—y al ver que ninguno de los criados se movía, se dirigió a ellos, gritándoles:—¿Qué esperáis vosotros? ¿Queréis que el Príncipe se muera de hambre?

Los criados echaron a correr, para no tener que hacerse repetir la orden, y el viejo Dantarini le dijo cariñosamente a su nieto:

—Hijo mío, ¿por qué me das estos disgustos? No me tienes ninguna consideración. Tú sabes que sufro de dispepsia...

—Por falta de cuidado en lo que come—le dijo el

nieto, viendo el succulento desayuno que se preparaba a devorar.

—Es extraño—exclamó el abuelo—. ¡No ha habido ningún Dantarini con mala digestión! Tenemos la mejor dentadura del país, los mejores estómagos, el mejor jugo gástrico, porque para eso somos Dantarini, y yo, sin embargo... Pero hablemos de lo otro.

—¿De lo otro?—preguntó Pietro, haciendo un gesto, como si ignorase de qué se trataba.

—Sí, ya sabes a lo que me quiero referir... Quiero que te cases... ¿No conoces a ninguna mujer bonita?

El joven Príncipe se echó a reír, y exclamó burlescamente:

—¿Que si conozco? ¡Pero si ése es mi fuerte, abuelo!

Sacó del bolsillo una libretita y leyendo los nombres de varias muchachas, comentaba al mismo tiempo el defecto que había advertido en ella, diciéndole al abuelo:

—Esta, no; es chata. Esta tampoco es bonita del todo. Ni ésta, tampoco, porque no mira muy bien cuando besa... Lo siento, abuelo, pero no encuentro una mujer perfecta.

El abuelo no pudo menos que exclamar ante aquellas declaraciones:

—¡Qué vergüenza! Si no te casas, ¿quién va a continuar nuestra descendencia?

—Es que a usted se le ha olvidado un detalle, querido abuelo.

—¿Cuál?

—El amor. ¿Cómo quiere usted que me case si todavía no me he enamorado una sola vez?

Los criados habían traído varios platos con el desayuno para el Príncipe, y mientras éste pinchaba una salchicha, quedó un momento pensativo, hasta que su abuelo le preguntó:

—¿En qué piensas ahora?

Olvidó instantáneamente todo, y el Príncipe, dando una nueva prueba de su buen humor, exclamó riendo:

—Pensaba en el triste destino que le espera a esta salchicha.

Su abuelo no pudo contenerse y exclamó enfurecido:

—¡No hay manera de poder hablar contigo dos palabras en serio!

Quedaron un momento en silencio, hasta que el abuelo volvió a decir:

—Por otra parte, comprendo tu situación. Los Dantarini, cuando se casan, quieren una mujer de verdad, no un alma de cántaro: una mujer valerosa que sepa hacer frente hasta a su mismo marido. Tú, también eres valiente, no puedes negar que llevas en tus venas sangre de los Dantarini.

—Por eso, todo el mundo me admira. Hasta incluso me han sacado coplas.

—¿Coplas?—preguntó extrañado el abuelo.

—Sí, verás lo que dice la copla:

BARCAROLA COREADA

Pietro

Los Dantarini
tienen la fama de vencer

Coro

La fama de vencer.

Pietro

Pues tienen por costumbre
dominar a la mujer.

Y si es necesario le pegan,
mas tienen que obedecer.

Dantarini, no se dejen que
les hagan padecer.

La mujer es caprichosa,
se la debe de enseñar

Coro

Debe de enseñar.

Pietro

Que, aunque sepa que es hermosa,
al hombre no ha de mandar

Coro

No ha de mandar.

Pietro

Que los Dantarini tienen
respeto por la mujer,
pero si se les sublevan
con rigor han de vencer,

Abuelo

¡Bravo! y quién es el atrevido
que nos ha hecho esa canción.
muy listo es el que haya sido
que no le falta razón.

Hijo mío, no desmientas tu raza.
Y siempre podrás dominar

La mujer que por orgullo la lucha quiera
entablar...

Yo no sé qué contestarle,
pues muy bien pudiera ser
Que, a pesar de tanto orgullo,
Gustosa quiera ceder.

Coro

Quiera ceder.

Abuelo

Pues los Dantarini tienen por lema
que han de vencer.

Por razón o por la fuerza
dominar a la mujer.

Al terminar la canción, nieto y abuelo se abraza-
ron alegremente, y el Príncipe Pietro vió por el mo-
mento alejado el peligro de que le siguiese hablando
del casamiento.

EL CAPRICHIO DE UN MILLONARIO

Al mismo tiempo que se sucedía en el interior del palacio la escena que acabamos de relatar, en la puerta del mismo se detenía una artística góndola, en cuyo interior iban un americano y su nieta, una preciosa joven en quien los muchos millones de su abuelo habían logrado hacer de ella una chiquilla caprichosa y romántica.

El era el famoso fabricante de martillos llamado Mister Grant, que venía con su nieta Adela para comprar el famoso lema que presidía la puerta principal del palacio de los Dantarini. Quería que aquel escudo figurase en la nueva fábrica que pensaba montar, y estaba dispuesto a todo, con tal de llevarse la propiedad del lema. El gondolero que los guiaba detuvo su góndola frente a la puerta y les refirió la leyenda del suntuoso palacio, hasta que el millonario le interrumpió diciéndole a su nieta:

—¡Este es el original que busco! ¡Me venden esa piedra, o van a saber cómo las gasto!

—Pero ¿por qué tanto empeño en ese escudo, abuelo?—le preguntó su nieta.

—Lo quiero para marca de fábrica de mis marti-

llos—respondió Mister Grant—. Será colosal: Un brazo sosteniendo un martillo y abajo la inscripción: MARTILLOS GRANT SE IMPONEN POR SU FUERZA. Será formidable. Aumentaremos la venta en más de un millón a la semana...

Se volvió al gondolero, e influenciado por los números que bullían en su imaginación, le dijo:

—Taxi, a casa.

—Pero, abuelo, ¡que estamos en Venecia!—le dijo Adela.

—Es verdad. Gondolero, al hotel más cercano al palacio de los Dantarini.

—Muy bien, señor—respondió el gondolero, dirigiendo la embarcación al lugar que le indicaba el viajero.

Mientras tanto, el viejo Grant seguía haciendo números y manejando millones, como si toda su fortuna dependiese de la adquisición de aquel escudo.

Al hotel al que se dirigían los señores Grant había llegado otro huésped americano. Era un pobre muchacho, tímido como una novicia, ingenuo como una mariposa y delicado como una doncella. Se acercó al «maitre» y le preguntó débilmente, temiendo que sus palabras pudieran ofender al encargado del hotel:

—No quisiera molestarle, pero me veo precisado a preguntarle si han recibido un telegrama firmado por Salustiano Green.

—¡Ah, sí!—exclamó el «maitre»—. Hemos recibido

su telegrama y tenemos sus habitaciones dispuestas para que las ocupe. ¿Desea algo más el señor?

—Lo que quiero es muy sencillo—respondió Salustiano con su voz atiplada—: Quiero que cada mañana me despierten a las seis en punto... No es que vaya a levantarme, pero quiero que me despierten... Entonces, me volveré del otro lado hasta las siete, y desde las siete en adelante, quiero que me despierten a intervalos de media hora, esto es, a las ocho, a las ocho y media, a las nueve, a las nueve y media, etc., hasta las doce. Entonces... si me da la gana me levantaré.

—Está bien, señor—respondió el «maitre», conteniendo la risa a viva fuerza.

Ya habían llegado también Mister Grant y su nieta, y aquél seguía encerrado en sus habitaciones, haciendo números y más números, hasta que Adela, impaciente por la fobia de negocios de su abuelo, le dijo, protestando airadamente:

—¿Y mientras que tú te regocijas aquí con el escudo y tus millones, qué hago yo en Venecia?

—Mira, Adelita—le dijo su abuelo—, no me marees y haz lo que te dé la gana, vete a paseo, o cástate con Salustiano.

—¡Salustiano es un idiota!—exclamó Adela.

—Pero está loco por ti—le contestó el abuelo—. Ha venido a Venecia sólo por verte.

—Pues no quiero ni verle. Tú y yo vamos a ir a ver las palomas de la Plaza de San Marcos.

—Yo no estoy para palomas, hijita. No me gustan

más que en el plato. Dame los lentes que me has quitado.

Pero Adela no le podía dar lo que su abuelo le pedía, porque, dejándose llevar por la rabieta que le producía el verlo entregado a sus maquinaciones financieras, le había quitado los lentes y se los había tirado.

—Dame los lentes, niña—le suplicó su abuelo.

—¡No quiero!—exclamó Adela.

El gerente del hotel, a quien le habían comunicado la llegada de aquel famoso fabricante, se apresuró a entrar para saludarlo, y le dijo:

—No teníamos noticias de su llegada, Mister Grant, pero tenga la seguridad de que, tanto usted como su nieta, encontrarán la estancia agradable en este hotel. ¿Desean algo?

—Sí, unos lentes—exclamó Mister Grant.

—Si le sirven los míos...—le dijo el gerente, ofreciéndole los suyos. Mas antes de que Mister Grant pudiera apoderarse de ellos, Adela se los arrebató y los tiró al canal, diciéndole al gerente:

—Póngalos en la cuenta... Y me alegro de que haya usted venido, porque hay algunas cosas en estas habitaciones que no me gustan.

—Usted dirá, señorita.

—Esta alfombra no me gusta.

—Se pondrá otra que sea de su agrado.

—Además, quiero que en esta habitación hagan alguna reforma.

El gerente se la quedó mirando extrañado, y ella,

convencida de que con dinero se podían tener todos los caprichos, siguió diciéndole:

—Lo que se gaste póngalo en la cuenta y se le pagará.

—Entendido, señorita... ¿qué es lo que desea que se reforme?

Adela señaló a uno de los testers de la habitación y le dijo:

—Aquí quiero que abran una puerta y que cierren esas dos...

—Señorita, en un hotel recién construido...

—¡Que la abran, le he dicho—le gritó ella—. Cuando nos vayamos, pueden cerrarla otra vez. Yo lo pagaré todo.

—Perfectamente, señorita—respondió el «maitre». —Se hará como usted desea... ¿Algo más?

—Sí, quiero visitar Venecia. Mándeme un buen guía con una góndola ligera, para que en poco tiempo pueda recorrer todos los sitios de interés.

—Es que en góndola se va muy despacio, señorita.

—No importa—respondió ella—. Mi abuelo pagará todas las multas que sean necesarias. ¡Lo único que quiero es que no se me contradiga! ¡No estoy acostumbrada a que se pongan obstáculos a mis deseos!

—Está bien, señorita... pero permítame decirle que lo de las multas...

—Ya le he dicho que las pagará mi abuelo, por crecidas que sean.

—Es que aquí... la verdad... no se acostumbra a po-

ner muchas; pero si la señorita lo desea, puedo hablar con el gobernador para que le imponga varias...

En vista de que la conversación entre el «maitre» y su nieta no tenía visos de terminar, Mister Grant llamó la atención de la joven, diciéndole:

—Cállate ya, mujer. Déjalo que se vaya, que se vayan todos...

Se refería a los criados, que permanecían en pie en la puerta, como si esperasen alguna nueva orden.

Mas al ver Mister Grant que su orden no era obedecida, comprendió de lo que se trataba y se echó mano al bolsillo. En vista de que no llevaba dinero encima, le dijo al «maitre»:

—¿Tiene usted dinero suelto?

—Ya lo creo, señor.

—Démelo.

Cogió las monedas que le dió el gerente y las fué repartiendo entre los criados, que inmediatamente salieron de la habitación.

Al poco rato volvió a aparecer un criado, y Mister Grant, creyendo que venía por la propina, le dijo:

—Ya no doy más dinero.

—Señor, es que hay un joven que desea verles. Se llama Salustiano Green.

—¡Bravo!—exclamó el viejo Grant—. Ese viene para casarse contigo.

—¡He dicho que no, y que no!—exclamó Adela—. Es un infeliz que no sabe más que obedecer.

—Sea como tú quieras—respondió el abuelo, que no

sabía oponerse a ninguno de los caprichos de su nieta—; pero hazme el favor de decirle que suba a jugar a las damas conmigo. Mientras tanto, esperaré la contestación del cablegrama.

Salió Adela en busca de su tímido pretendiente, y al verlo en el pasillo, le dijo:

—Salustiano, sube inmediatamente a mi cuarto, a jugar a las damas con mi abuelo.

—Pero es que así, por las mañanas, no me puedo concentrar... No pienso bien...

—¿Te atreves a contradecirme?—le gritó Adela.

—No, no—protestó tímidamente Salustiano—. ¡Dios me libre! ¡Eso nunca! ¡Ahora mismo voy!

Adela lo vio alejarse, mientras se decía interiormente:

—Es un caso perdido, no hay quien le salve...

Iba a dirigirse tras él, cuando el gerente la detuvo diciéndole:

—Un momento, señorita: si usted desea entrevistar a los guías, en el embarcadero esperan.

—Bien—respondió Adela—. Voy ahora mismo.

Y, seguida del gerente, se dirigió hacia el embarcadero, en el momento que llegaba también una góndola en la que iba el Príncipe Pietro, que, al ver a una mujer desconocida, saltó a tierra para poderla admirar de cerca.

DE PRINCIPE A GONDOLERO

El gerente, conociendo ya el carácter y los caprichos de la americanita, se había prevenido y había hecho venir cerca de una docena de guías, con tal de que ella pudiera elegir de entre todos al que más le agradara.

Cuando llegaron al embarcadero, el gerente se los fué enseñando e indicándole las condiciones de cada uno, diciéndole:

—Este es un marino notable, señorita.

—No me gusta—respondió ella.

—Y éste ¿qué le parece a usted?—volvió a preguntarle el gerente, mostrándole otro guía.

Adela se le quedó mirando, y al fin respondió:

—Tampoco me gusta. Es demasiado alto.

—¿Y ése?—le indicó el gerente.

—Tampoco. Es demasiado bajo.

—¿Y este otro?

El que nuevamente le señalaba el gerente era bizco, y Adela se quedó mirando al gerente, al mismo tiempo que le decía en tono despectivo:

—¡Vamos, hombre! ¿Cree usted que yo voy a sentarme con un ser así?

Y, fijándose entonces en el Príncipe Pietro, que no apartaba la vista de ella, le señaló diciendo:

—¡Ese! Ese es el que quiero.

El gerente, al ver que indicaba nada menos que al Príncipe Dantarini, le dijo confundido:

—Perdone, señorita, pero está cometiendo un lamentable error.

—Yo nunca cometo errores—exclamó disgustada Adela—. ¡Este es el que quiero, y se acabó!

El Príncipe, queriendo gastar una broma a aquella mujer que tanto interés había despertado en él, apartó suavemente al gerente, al mismo tiempo que le decía:

—Deja que me quiera, hombre. ¡Hay tantas que me quieren!

—Despida a los demás—le ordenó Adela al gerente, que se alejó de allí diciéndose:

—¡Dios mío, qué plancha!

Al quedar solos Adela y el Príncipe, éste le dijo sonriendo:

—La felicito por su buen gusto, señorita...

Ella no contestó a aquella observación, y se contentó con preguntarle:

—¿Conoce usted bien la ciudad?

—No puede usted darse una idea de las cosas que conozco de Venecia—le dijo el Príncipe, intencionalmente, mientras se convencía de que Adela era mucho más bonita de lo que le había parecido en un principio—. Quedará usted asombrada de mí.

—Muy bien—exclamó ella—. Es todo lo que quería saber. ¿Cuánto quiere usted ganar?

—¿Ganar por dejarla que me quiera?—respondió, riendo, el Príncipe—. ¡Por Dios, señorita!

—Pero ¿de qué está usted hablando?—exclamó ella extrañada del lenguaje de aquel guía—. Le pregunto que cuánto quiere usted ganar por hacerme de guía.

—La señorita perdone—replicó el Príncipe, siguiendo la broma—. Creí que me quería la señorita para otra cosa.

—Déjese de impertinencias y dígame cuánto quiere ganar—exclamó, de mal talante, la americanita.

—En ese caso, nada. Me basta con el placer de acompañarla—respondió el Príncipe, galantemente.

Adela no pudo menos que quedar sorprendida por la contestación, y le dijo:

—Me habían dicho que los gondoleros de Venecia eran extremadamente galantes, pero no los creí tanto. Lo dejaremos en mil liras diarias, ¿le parece bien?

—Como usted diga, señorita—aceptó el Príncipe.

Adela siguió mirándolo, y al fin replicó:

—Me parece que sí, que sí me servirá usted.

—Le advierto—le dijo el Príncipe—que hasta ahora les he servido a todas.

—Sí—siguió diciendo Adela, como si hablase con ella misma—. Tiene usted buen tipo.

—Sí—replicó Pietro—. Eso me lo dice siempre mi abuelo.

—A ver—le ordenó ella—, dé usted media vuelta.

El Príncipe obedeció, y Miss Grant volvió a decirle:

—Ahora del otro lado... Sí, no está mal para guía, con un poco esfuerzo, se le podría tomar por un perfecto caballero.

—Ya lo creo—le dijo el Príncipe—. Además, le sorprendería ver la cantidad de gente que comete ese mismo error de tomarme por un perfecto caballero.

—¿Canta usted?—le preguntó ella.

—Irresistiblemente—respondió.

—¿Baila?

—Domino todo lo superfluo—volvió a responderle.

—¿Modales de mesa?

—No del todo mal. Alguna pequeña dificultad con los espárragos—le dijo el Príncipe, para quien el caso no podía ser más gracioso.

—Bien. Un guía ideal—terminó diciendo ella—. Satisfactorio en todo.

—Excepto en un pequeño detalle—le objetó el Príncipe.

—¿Cuál?

—Que no soy guía, ni quiero serlo.

Ella le miró con cierto orgullo y exclamó:

—Joven, estoy acostumbrada a que se me obedezca y no admito discusiones. Mañana, a las ocho en punto, debe estar aquí esperándome.

—Muy bien. Cumpliré encantado su orden.

Se alejó ella al interior del hotel, mientras que el Príncipe Pietro se le quedaba mirando y diciéndose interiormente que aquella era la mujer más bonita que había conocido en su vida. Comprendía ahora la idea de casarse, y puesto que la casualidad lo ponía cerca de aquella extranjera, no sería él, por cierto, quien desaprovechara la ocasión de venir al día siguiente, aun cuando tuviera que hacer de gondolero y de guía.

UN PASEO POR EL CANAL

Al día siguiente, Adela había salido a dar su paseo con el guía que había contratado el día anterior, mientras que en las habitaciones del hotel su abuelo y Salustiano sostenían una reñida partida de damas.

—No tengo la cabeza en el juego—exclamó finalmente Mister Grant—. Estoy esperando un cable de mi abogado.

Salustiano, que no atendía a sus palabras, sino al juego, le dijo, refiriéndose, como era natural, a éste:

—Está usted muerto... muerto, lo que se dice muerto. Tengo ya la combinación.

—Si sólo supiese que ya la tenemos registrada—siguió diciendo Mister Grant, pensando en la marca que pensaba poner a su nueva fábrica.

Salustiano seguía el juego, cada vez con más interés, y decía:

—Primero aquí, luego aquí... Usted juega, yo juego... Usted mata, yo mato...

—Es un asunto de perder o ganar muchos millones—siguió diciéndose Mister Grant, haciendo que Salustiano levantase la cabeza y le preguntase extrañado:

—¿Pero es que jugamos algo?

—¡No, hombre!—exclamó Mister Grant—. Hablo de la marca de la fábrica. Pero ¿qué hace que no juega?—le gritó.

—¡Ay, por Dios!—exclamó sobresaltado Salustiano—. No me grite. ¡Ya tenía la combinación, y, claro, se me ha ido de la cabeza!... A ver si la recuerdo. Primero aquí, luego aquí, usted juega, yo juego, usted mata, yo mato... ¡Ajá!

Y, cuando más afanado estaba en la combinación de la jugada, un camarero llamó desde fuera a Mister Grant, diciéndole:

—Un cablegrama, señor.

—¡Qué rabia y qué rabia!—exclamó Salustiano—. ¡Cuando ya tenía la combinación!...

Mister Grant leyó el contenido del cablegrama, y, al final, exclamó alegremente:

—¡Hurra! La tenemos registrada en todos los países. Ahora obligaré a los Dantarini a venderme el escudo. «MARTILLOS GRANT SE IMPONEN POR SU FUERZA».

Y, como si estuviera delante del Principe, que tan obstinadamente se había negado a venderle el escudo familiar, exclamó amenazándole:

—¡Ahora nos veremos las caras, Dantarini! ¡Siga usted jugando, Salustiano!

—Sí, sí, como usted quiera—respondió asustado el pobre muchacho, a punto de desmayarse con aquellos sobresaltos que le estaba dando el abuelo de la mujer a quien tanto amaba.

Entretanto, por los románticos canales venecianos Adela, recostada sobre los almohadones de la góndola en que iba, miraba a hurtadillas a su gondolero, diciéndose interiormente que era una lástima que aquel muchacho tan simpático y que parecía tan instruido fuese un simple guía. Recordó que le había dicho que sabía cantar, y le dijo:

—¿Cuándo va usted a cantar?

—Cuando usted quiera, señorita—respondió el Príncipe—. Sólo esperaba a que usted me lo mandase.

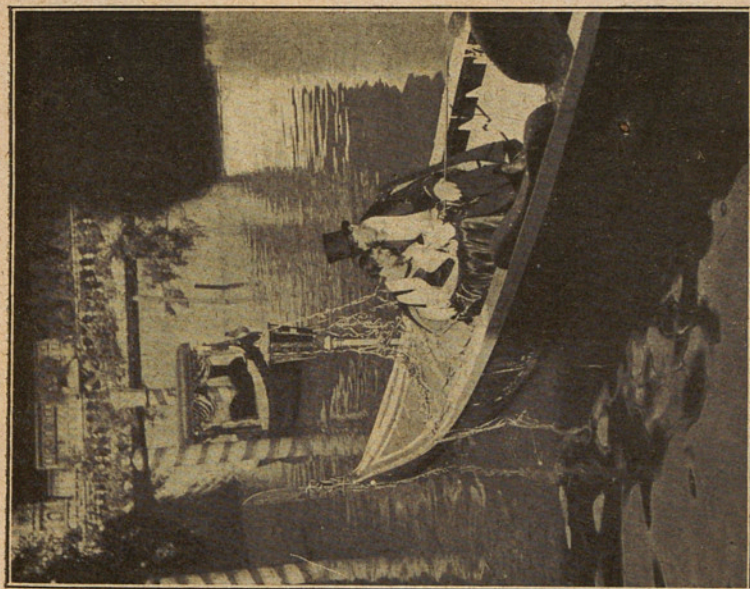
—Pues por mí puede empezar cuando quiera. Le advierto que quiero que sea una canción algo romántica, algo que refleje el ambiente de Venecia...

—Procuraré satisfacerla—respondió sonriendo el Príncipe.

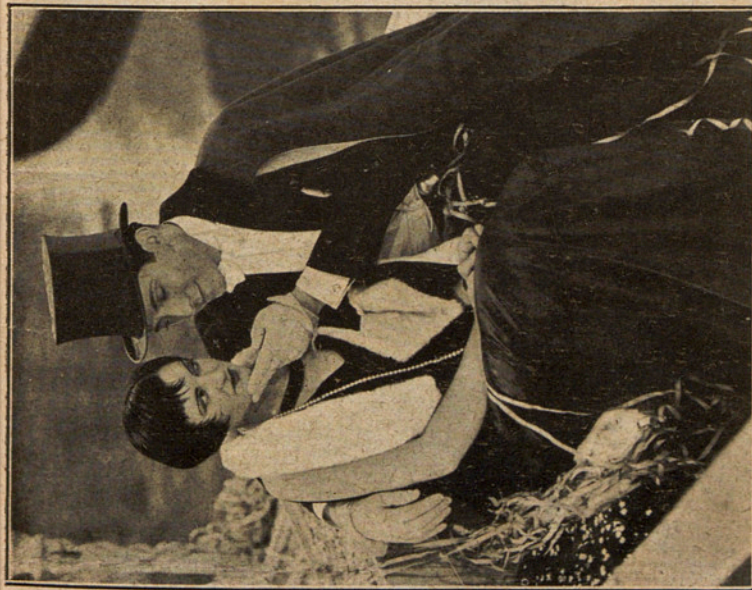
Dejó de remar unos instantes, hasta que la góndola se deslizó por uno de los más poéticos canales y, una vez allí, empezó a cantar una bella canción veneciana, que decía:

VENECIANA

Es ideal poder pasar
las noches en Venecia.
Poder sentir y resistir
del amor la vehemencia.
Poder soñar con el amor
que anima la existencia
con el vaivén arrullador
del canal de Venecia.



- Buenos días, querida.



- Dame un beso.



- ¿Me das el beso?



- ¡Vuestro abuelo, Excelencia!



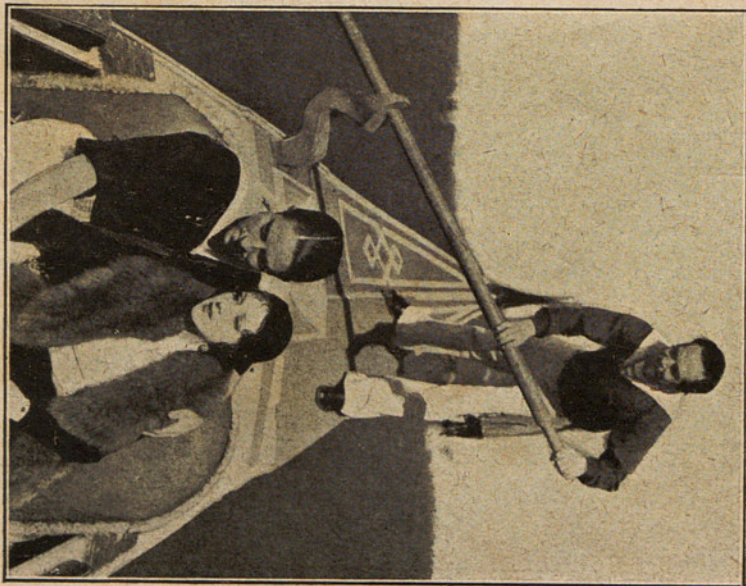
- Este es el que quiero.



Debajo del canal



— ¡Vámonos de aquí!



— ¿Me perdona usted la broma?

Los compases de los remos
parecen arrullar
nuestro sueño encantador,
para siempre nos queremos
Y será eterno nuestro amor,
nuestro amor,
nuestro amor.

Es ideal poder pasar
Las noches en Venecia.
Poder sentir y resistir
del amor la vehemencia.
Poder soñar con el amor
que anima la existencia.
Con el vaivén arrullador
del canal de Venecia
Venecia.

Adela oía extasiada la dulce canción, y su alma se dejaba impregnar por el romanticismo del momento, hasta que el Príncipe le dijo:

— ¿Le ha gustado la canción?

— Es muy bonita. Lástima que en mi país no tengamos ambiente... tradición...

— Pero pueden vanagloriarse de algo sublime—respondió galantemente el Príncipe.

— ¿De qué?... ¿Del dinero?—respondió despectivamente ella.

El Príncipe negó con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo, y le dijo:

—De algo sublime, le he dicho.

—¿Y qué es ello?

—¡Usted!—exclamó apasionadamente Pietro.

No molestó la galantería a Adela, pero pensó inmediatamente que se trataba de un simple gondolero y le recordó su condición de tal, diciéndole:

—¿Olvida usted que es mi guía?... Vamos a ver los leones de piedra.

—Como usted mande, señorita—repuso Pietro.

Volvió nuevamente a remar y al pasar frente a su palacio, le dijo:

—Mire a la derecha, señorita, y verá el célebre palacio de los Dantarini. Fijese usted en el escudo de armas de la fachada.

—No se canse—exclamó Adela—. Sé toda la historia.

—¡Ah, pero no ha oído usted la canción!

Y sin esperar a que ella le diese la autorización empezó a cantar la «Barcarola coreada». Cuando terminó, Adela quiso contestar a la leyenda de la canción y cantó a su vez:

LA MUJER HA DE DOMINAR

La mujer que no es miedosa
no la pueden asustar.
Si la insultan, no le importa,
pero no la han de dominar.

Será mujer independiente
y no la pueden convencer.
Harán los Dantarini
lo que ordene una mujer.

Y mientras ellos seguían tejiendo aquel idilio sin que Adela se diera cuenta de ello, en el palacio de los Dantarini, el viejo Principe les gritaba a sus abogados diciéndoles:

—¡Ustedes no son abogados! ¡No saben nada, cuando no le paran los pies a ese americano!

—La ley es la ley, excelencia—le dijo uno de los abogados—. Desde el punto de vista legal, Mister Grant está en su perfecto derecho de registrar el escudo...

—Es un caso sin precedente, excelencia—le dijo otro abogado.

El viejo Dantarini, sin poder contener la cólera que le cegaba, exclamó, gritando:

—¡Sin precedentes! ¡Yo les voy a mostrar a ustedes los precedentes! ¡Yo buscaré esos precedentes en el asesinato!

Y, ante la actitud que adoptaba el Principe, creyeron los abogados lo más prudente dejarlo solo con su criado Beppo, que le servía el almuerzo y le preguntaba:

—¿Queréis el queso solo, excelencia?

—¡Lo quiero con dinamita!—exclamó el Principe.—Necesito hablar con mi nieto. ¡Ir a buscarlo, aunque sea al infierno!

Salieron los criados en busca del Príncipe Pietro, en tanto que éste acercaba la góndola a su palacio y le decía a Adela:

—¿Desea usted conocer el palacio? Puede que se encuentre con algún Dantarini.

—Prefiero ir a ver los leones—respondió Adela.

—Ya comprendo—replicó sonriendo Pietro—. El palacio le infunde respeto.

Adela, ante la idea de que pudiera creer su guía que había sentido miedo a algo, le dijo:

—No me infunde nada. Vamos a visitarlo.

—Pero, ¿no quería ir a ver los leones?—preguntó burlonamente el Príncipe.

—Pero ¿es usted sordo?—le dijo airadamente ella.—¡He dicho el palacio!

—Bien, señorita, el palacio.

Llegaron a la puerta del palacio y el Príncipe le indicó el escudo diciéndole:

—Fíjese lo que dice ese escudo: POR LA RAZON O POR LA FUERZA.

—No me causa sensación—replicó indiferentemente Adela.

—Estoy seguro de que le va a interesar mucho más los calabozos que hay en el sótano.

—¿Por qué?—preguntó curiosamente ella.

—Porque así tendrá una idea exacta de cómo los Dantarini trataban, en el siglo xv, a sus mujeres... A menos que crea que no va a poderlo resistir.

Adela, al ver que aquél hombre pretendía tratarla

como si fuera una chiquilla temerosa, exclamó irritada:

—¿Pretende insultarme?

—Nada de eso, señorita—respondió Pietro acercando la góndola a la puerta del palacio—. Venga por aquí, yo la introduciré.

La condujo directamente al interior del sótano y empezó a explicarle lo que allí había diciéndole:

—Ahora estamos debajo del canal. ¿Ve usted esa ventana? Pues de vez en cuando entra el agua por ella.

—¿Para qué?—preguntó Adela algo sobrecogida por la lobreguez del lugar.

—Porque los Dantarini acostumbraban a matar a sus prisioneros dejando inundar estos sótanos con las aguas del canal. Pase, no tenga miedo—siguió diciéndole, al ver que ella se paraba, sin atreverse a acercarse.

Cuando la tuvo a su lado continuó:

—¿Ve usted ese hueco que hay en la pared?

—Sí—respondió Adela.

—Pues es donde el príncipe Dantarini sepultó viva a su tercera mujer. La ató con cadenas y luego mandó que la emparedaran.

—¡Virgen santa!—exclamó asustada Adela—. ¿Y por qué?

—Pues por una cosa muy sencilla—replicó el Príncipe—. Al Príncipe no le gustaban los versos y una noche la sorprendió con un trovador y...

Adela ya no pudo resistir más el pánico que le inundaba todo aquello y exclamó angustiada:

—Vámonos, vámonos de aquí.

—No, espere—le dijo sonriendo el Príncipe, al ver el efecto que en ella causaban todas aquellas narraciones—. Hay cosas muy interesantes que ver todavía. ¿Ve usted esta máquina? ¿Supongo que la señorita la conoce?

Lo que le enseñaba el Príncipe era una antigua máquina de suplicio, que Adela miró aterrada, mientras que Pietro le decía:

—El tercer Dantarini no tuvo más que una mujer. Una mujer hermosa y arrogante. Al Príncipe, sin embargo, le pareció que su mujer no era bastante alta y se sirvió de esa máquina para estirla... Después de todo no se le puede censurar. El quería una mujer perfecta y buscó el único medio que tenía para conseguirlo. En el fondo no puede negarse que era un artista.

—¡Lo que era un bruto!—exclamó indignada Adela.

—Según como usted lo mire. Depende de la manera de apreciar las cosas, señorita—le respondió riendo Pietro—. Ya ve usted si era artista, que sabiendo a su mujer muy amante de la música, no cesó de cantarle mientras la estaba martirizando.

Aquellas narraciones excitaban a Adela como nunca ella hubiera creído y a tal punto llegaba ya su pánico que le dijo:

—Le ruego que no se recree tanto en esa clase de relatos.

Mas Pietro, como si no la oyera y complaciéndose

en verla dominada por el miedo, continuó sus narraciones diciéndole de nuevo:

—Mientras que ella daba gemidos y ayes de dolor él trató de armonizarlos con las notas de una vieja canción que dice: «O cessate de piegarmi, O lasciatemi». Es muy curiosa esta melodía, ¿verdad? Se pega de una manera extraña.

—Quien parece pegado aquí es usted—exclamó Adela intranquila.

Luego vió otro instrumento de suplicio y le preguntó:

—¿Para qué es esta máquina?

—También para recreo de las mujeres de los Dantarini—respondió riendo Pietro.

—¿Y esta jaula?—preguntó Adela.

—Entre usted, verá qué bien se está dentro—le respondió Pietro—. Mire estas esposas.

—No, no, gracias—rehusó Adela de entrar—. Vámonos ya, por favor...

Pero Pietro seguía dándole pormenores de todos aquellos aparatos, sin hacer caso de los deseos de Adela de salir de allí.

LOS DOS RIVALES

Mister Grant, convencido ya de que el Príncipe Dantardini no opondría ningún inconveniente a que él se incautase del escudo, fué al palacio del aristócrata y entró en el preciso instante en que los criados seguían buscando al Príncipe Pietro. Beppo tropezó con el americano a quien le preguntó:

—¿Ha visto usted a su Excelencia?

—A quien yo quiero ver es al dueño de este palacio—respondió mister Grant.

Beppo no le hizo caso y siguió buscando al Príncipe, mientras que el millonario se internaba como Pedro por su casa, por el palacio.

El abuelo de Pietro seguía discutiendo con el abogado y exclamaba:

—¡Necesito ver a mi nieto!

—Por Dios, Excelencia—le respondió el abogado—, nada de violencias.

El viejo Príncipe llevaba un hacha en la mano, amenazando a todo el mundo, hasta que se encontró con su nieto y Adela que habían subido de los sótanos. Se encaró con él y sin fijarse cómo iba vestido, le dijo, mostrándole el arma:

—¿Sabes lo que voy a hacer con esto?

—¿Afeitarse?—preguntó burlonamente Pietro.

—Déjate de impertinencias—exclamó el abuelo.

Y al verlo vestido de gondolero, continuó diciéndole:

—¡Quítate esa ropa!

—Abuelo—le reconvino en tono de broma su nieto.

—¿Cómo quiere usted que me desnude delante de una dama.

Pero su abuelo parecía un león enjaulado. Iba de un lado a otro, sin atender ningún razonamiento y el abogado se acercó al Príncipe Pietro y le dijo:

—Por favor, llámelo, Excelencia.

Adela se quedó mirando a su guía y al oír que le llamaban Excelencia, exclamó:

—¿Excelencia? ¿Qué significa esto? ¿Se puede saber quién es usted?

El Príncipe sin responder a la muchacha, detuvo a su abuelo y le dijo:

—Abuelo tengo el gusto de presentarte a la señorita Grant.

—¿Cómo has dicho?—exclamó más exaltado aún el abuelo, al oír el nombre de su rival—. ¿Cómo has dicho que se llama esta señorita?

—Adela Grant—insistió su nieto.

—¡Venga el hacha!—gritó el abuelo—. ¡El hacha!

—¡Dios mío!—exclamó Adela abrazándose a Pietro—. ¿Pero qué pasa?

Pietro fué a buscar a su abuelo, le preguntó el mo-

tivo de aquella actitud y cuando se hubo enterado, se acercó nuevamente a Adela y le dijo sonriendo:

—Pues nada, que ahora resulta que usted y yo somos enemigos.

Y por si Adela no había llegado a comprender del todo lo que le había dicho Pietro vió venir a su padre, quien encarándose con el viejo Príncipe le dijo:

—Príncipe, a mí me gusta ir directamente al grano. Legalmente soy el propietario de su escudo, pero no quiero perjudicarlo. Le doy cuarenta mil liras... ¿Qué le parece?

—Yo le corto a usted la cabeza y se la echo a los peces—exclamó el abuelo, blandiendo el hacha y haciendo que mister Grant se pusiera en salvo.

Adela aterrorizada ante la actitud del Príncipe se abrazó a Pietro y le suplicó:

—¡Por favor! Sávenos usted y le perdono todo lo que me ha hecho.

—¡Cien mil liras!—le gritó desde su escondite el americano.

—¡Cien mil rayos!—exclamó el abuelo—. ¡Como caiga en mis manos le deshago!

Por fin Pietro consiguió aplacar las iras de su abuelo y sacó de allí a Adela llevándosela en una góndola hacia el hotel.

—¿Me perdona usted por haberme divertido a costa suya?—le preguntó amorosamente el Príncipe.

Ella sonrió deliciosamente y le contestó:

—Lo prometí... y lo cumplo,

—Bueno—siguió diciéndole Pietro, mientras que sus manos tenían aprisionadas las de la joven—, puesto que ya estoy perdonado, ¿puedo tener el honor de invitarla para esta noche?

—No sé si aceptar—exclamó Adela, ganada por la simpatía del Príncipe.

—Acepte usted—insistió él—. Se trata de una fiesta veneciana en nuestros jardines. No tiene usted nada que temer. Es un baile de máscaras y nadie la conocerá.

—Encantada—respondió Adela—. Le prometo que asistiré a ella.

—Dejaremos a los abuelos en la cama y nos iremos los dos solos—siguió diciéndole el Príncipe.

—Será una noche de ensueño, ¿verdad?

—Y de música—replicó Pietro, estrechándola contra su pecho, sin que Adela opusiese el menor reparo.

—Y de Venecia—terminó diciéndole Adela.

Y arrullados los dos por el ruido de los remos, empezó entre ellos a brillar con fuerza la llama del amor, que desde un principio se había adueñado de sus corazones.

UNA FIESTA CARNAVALESCA

Aquella noche los jardines del suntuoso palacio de los Dantarini ofrecían un aspecto deslumbrante. Las familias de la más rancia nobleza veneciana se reunían allí y todos iban provistos de su correspondiente disfraz. Solamente carecía de él el viejo Príncipe, que temía que su rival pudiera hacer alguna de las suyas. Para evitar cualquier sorpresa, llamó a su fiel criado Beppo y le dijo:

—Llama a todos mis ilustres parientes para un consejo de familia. El honor de los Dantarini está en peligro y debemos vencer o morir. En cuanto a ti, Beppo, quedas encargado de que no entre ningún desconocido. Debes ser como esos guardias de la antigüedad, dispuestos siempre a dar su vida por la custodia del escudo. Por consiguiente firme aquí y que nadie toque a esta piedra que mantiene el escudo de los Dantarini.

—Bien, Excelencia—respondió el simpático Beppo.

Mientras tanto, mister Grant, que estaba dispuesto a llevarse el escudo, aunque tuviera que volar el palacio, se dirigía a la puerta donde había quedado de guardia el pobre Beppo. Antes de llegar allí le preguntó a

Salustiano, que era el acompañante que se había buscado:

—¿Llevamos todas las herramientas?

—No tiene usted más que verme las manos llenas de callos—respondió tristemente el compañero.

—No te importe—exclamó mister Grant—. El escudo será mío.

—Pero no me parece correcto el que nos presentemos en esa fiesta—replicó Salustiano.

—¿Por qué?—preguntó mister Grant.

—Yo no lo sé—respondió Salustiano—. Lo sabía, pero ya no me acuerdo. Tengo tan mala memoria... ¡Ah! Ya recuerdo. Porque no me parece correcto asistir a una fiesta a que no estoy invitado.

—¿Quién piensa en eso de invitaciones?—exclamó mister Grant—. Lo importante es llevarnos el escudo. Tiene la inscripción original y quiero ponerlo en la fachada de mi nueva fábrica. Usted tenga cuidado con la dinamita.

—¿Qué dinamita?—preguntó asustado Salustiano.

—Con el cartucho que le he dado para volar la puerta donde está el escudo.

—¿Pero yo llevo encima un cartucho de dinamita?—preguntó asustado a más no poder Salustiano—. ¡Yo me vuelvo a casa!

—¡No sea cobarde!—le dijo mister Grant—. De lo contrario le niego la autorización para que se case con mi nieta.

—Bueno, bueno—replicó conformándose Salustiano.
—Seré valiente y le acompañaré.

Llegaron por fin al palacio y se dirigieron inmediatamente a la puerta principal. Prepararon las herramientas de que iban provistos, pero de pronto oyeron la voz de Beppo que les decía, amenazándoles con una lanza:

—¡Atrás!

Mister Grant se le quedó mirando y al fin se echó a reír a la vez que decía:

—A este lo echo yo al canal.

Y uniendo la acción a la palabra, lo cogió y con lanza y todo lo arrojó al agua. Empezó a trabajar febrilmente mister Grant, recomendándole al mismo tiempo a su compañero:

—Tenga cuidado no se le vaya a caer la dinamita. Si explota antes de tiempo, perdemos el escudo y nos perdemos nosotros.

Pero apenas le había hecho esta recomendación, cuando oyeron unos pasos que se acercaban y en el apresuramiento de esconderse, se le cayó a Salustiano el cartucho de dinamita. Cerró los ojos encomendando su alma a todos los santos y cuando los abrió vió a una enmascarada que examinaba detenidamente el cartucho. Después de satisfacer su curiosidad, sin darle importancia lo arrojó al agua, privando de aquella forma de que mister Grant pudiera llevar a la práctica su plan.

Cuando desapareció la enmascarada, mister Grant

continuó su trabajo, y Salustiano, que no cabía en sí de miedo, le preguntó:

—Mientras usted trabaja ahí subido, ¿qué hago yo?

—Váyase por ahí, a ver si conquista a alguna máscara—le dijo mister Grant deseando librarse de su presencia que más bien le era ya molesta que otra cosa.

Como le había prometido, Adela acudió aquella noche al baile que se daba en los jardines del palacio. Iba vestida al uso de Venecia y apenas entró, Pietro la reconoció. Dejó que cruzase el salón y cuando llegó a un rincón del jardín, desde donde se oía admirablemente la orquesta, se acercó a ella y le dijo galantemente:

—Sus ojos me atraen como un imán.

—Muy galante—respondió ella halagada.

—Estoy seguro de que usted es la mujer que ha sabido conquistar mi corazón.

Ella sonrió, satisfecha de verse cortejada por el Príncipe y éste siguió diciéndole:

—¿Desea usted bailar?

—Sí—respondió ella mimosamente—, pero no en el salón.

—¿Aquí, en el jardín?—interrogó él.

—¿No le parece más poético?—le preguntó ella, mirándole amorosamente, por detrás del antifaz.

—Mucho más. Lleva usted razón—exclamó el Príncipe.

La enlazó por el talle y juntos se lanzaron a bailar siguiendo las notas de un cadencioso vals.

—Baila usted admirablemente—le dijo Adela, entusiasmada.

—Ya se lo dije a usted—respondió Pietro—. Esa es otra característica de nuestra familia.

—Por lo visto—le respondió sonriendo Adela—los Dantarini coleccionan las características. ¿Las conozco yo todas?

—No—respondió Pietro—. Todavía me queda una.

—¿Cuál es?

—No me atrevo a confesarla.

—¿Quiere que la adivine?... Es celoso.

Pietro se echó a reír y respondió:

—¿Yo celoso? De ningún modo. No tengo motivos.

Adela había visto que detrás de ella, Salustiano, vestido de máscara le hacía señas y le dijo:

—Entonces permítame que vaya a ver qué quiere esa máscara misteriosa. Disimule.

—¿Disimular?—exclamó exaltado Pietro, al ver que otro quería llevarse a Adela—. Soy capaz de ir a arrancarle la careta y el alma.

—Se guardará muy bien de ello—le dijo Adela amenazándole mimosamente con el dedo—. Esa máscara me intriga y me gustará hablar con ella un instante. Con permiso.

Se alejó, dejando a Pietro en el jardín, quien no se atrevió a faltar a la orden que ella le había dado de que no la siguiese.

Cuando más ensimismado estaba pensando en Ade-

la, sintió que unas manos de mujer le tapaban los ojos y creyendo que era Adela, le dijo:

—¡Ah, es usted! Se había escondido, para darme esta broma...

Pero al quitarle las manos se encontró con la misma muchacha que días antes él no había querido darle un beso y que le decía:

—Soy yo, que viene a pedirte un beso.

—No—respondió el Príncipe de mal humor.

—Sí—insistió ella.

—No—replicó él.

Mas la muchacha le abrazaba amorosamente, unía su cara a la del Príncipe y lo miraba de tal forma, que Pietro no pudo contenerse y fué a besarla. En aquel instante se separó de él y le dijo riendo:

—No, gracias. No lo quiero. Era sólo cuestión de principio.

Y de aquella forma pagó de igual forma el desprecio que él la había hecho.

UNA BROMA DE ADELA

Adela cuando llegó a donde estaba la máscara, se dió cuenta de quién se trataba y le dijo, fingiendo que no le conocía:

—Ya sé que no es correcto pedirle a una máscara que se quite el antifaz, pero tendría mucho gusto en saber quién es usted.

Salustiano inmediatamente se quitó el antifaz, y Adela exclamó fingiendo una gran sorpresa:

—¡Salustiano!

—El mismo—respondió él.

—Vamos a donde no nos vean—le dijo Adela, queriendo deshacerse de aquel importuno, al mismo tiempo que gastarle una broma.

—¿Dónde?—preguntó Salustiano, siguiéndola.

—Vamos, vamos—volvió a decirle Adela, llevándose a los sótanos.

Una vez allí, le fué enseñando todas las máquinas de los suplicios, hasta que lo acercó a donde estaba la jaula.

Salustiano se fijó en ella y queriendo dar ante Adela una prueba de sus grandes conocimientos le dijo:

—¿Ves? A los prisioneros les ponían estas argollas

a manera de esposas. Estas están oxidadas y no funcionan, pero se ponían así. Mira.

Se las colocó cada una en una muñeca y apretó sobre su resorte, exclamando al ver que se cerraban:

—¡Ay qué raro! Sí funcionan, sí.

Adela se aseguró de que efectivamente aquellas argollas se cerraban y cuando estuvo segura de que Salustiano no podría salir de allí, sin que ella le abriese le dijo:

—Ahora te quedas ahí esperándome.

—¿Pero a dónde vas?—preguntó asustado Salustiano.

—A divertirme—le dijo ella, marchando—. Por fin he encontrado la manera de deshacerme de ti.

—No, no me dejes solo—exclamó casi llorando Salustiano—. ¡Ay mamá, que se va y me deja solo!... ¡Mamá!... ¡Mamá!

Entre tanto, Beppo con sus gritos llamó la atención del viejo Príncipe y sus familiares que corrieron en auxilio del criado a quien su dueño preguntó:

—¿Cómo no estás de guardia en la puerta?

—Porque ahora está allí mister Grant.

—Vamos a prenderle—gritó el viejo Príncipe—. Hay que obrar con prudencia, porque es un hombre muy peligroso.

—Va disfrazado y pretende hacerse pasar por vuestra Excelencia—volvió a decirle.

—¿Cómo?—exclamó enfurecido el Príncipe por lo que él calificaba de un gravísimo atentado personal—.

¡Esto sí que no se lo perdono! ¡Lo mató! ¡Lo mató!

Los demás familiares que habían asistido al consejo de familia, procuraban detenerlo recordándole la triste situación económica en que se encontraban y le decían:

—No olvidad, primo, que necesitamos dinero.

—¿Queréis que permita que un villano se haga pasar por el Príncipe Dantarini?

—¡Eso nunca!—exclamaron varios.

—Pues vamos adelante.

Y se dirigieron en busca de mister Grant, que seguía tranquilamente trabajando, mientras que en voz alta repetía el discurso que pensaba pronunciar diciendo:

—¡Obreros y empleados de la manufactura de martillos Grant! Al concebir la idea de levantar aquí esta nueva fábrica...

—¡Aquí no se levantará ninguna fábrica!—exclamó el Príncipe, que había llegado a donde él estaba y oyó las últimas palabras—. Bajen a ese hombre de ahí.

Y apenas llegó al suelo, se lió con él a puñetazos. El americano se defendió como pudo y juntos rodaron hasta el interior del palacio, seguido de los familiares del Príncipe, ante quienes aquél quería demostrar todo su valor.

Adela dejó encerrado a Salustiano y volvió nuevamente al jardín donde la esperaba Pietro, que le dijo al verla:

—¿Dónde ha dejado a su ferviente admirador?

—Acabo de deshacerme de él para siempre—respondió ella riendo.

—¿Con qué objeto?—preguntó el Príncipe.

Ella lo miró fijamente, acércó su rostro al del Príncipe y poniendo en sus palabras todo el amor que él había sabido inspirarle le dijo:

—Para poder estar junto a usted... ¿Sigue enojado?

—¿Cómo puedo yo estar enojado con usted?—respondió el Príncipe, reteniéndola en sus brazos.

Adela se deshizo suavemente del abrazo en que estaba sujeta y mirando al jardín le dijo:

—¡Qué vista tan bonita y qué jardín más encantador es este!

—Se llama el Jardín de los Idilios.

—¿Por qué?

—Porque los Dantarini acostumbraban a traer aquí a todas sus prometidas...

—¡Qué romántico!—exclamó Adela sugestionada por el ambiente.

—Treinta generaciones de amantes—siguió diciéndole el príncipe—parece que nos rodean ahora...

—Y esa música—continuó Adela, deteniéndose a escuchar las dulces notas de un vals—parece evocar todos sus idilios.

—¿Quiere usted que bailemos?—le propuso Pietro.

—Bailemos—aceptó ella—. Así evocaremos con más fidelidad aquellos tiempos.

Se dejó enlazar por los brazos del Príncipe y mientras bailaban, cantaron:

VALS

Adela. Qué dulce ambiente de placer

Pietro. Hecho sólo para amar

Adela. Llega hasta el alma al parecer

Pietro. Invitando a soñar

un sueño del cual

no quisiera despertar.

Tenerte en mis brazos

y poder disfrutar

del suave compás que nos mece,

arrullo que besa al pasar.

Te quiero

como nunca había soñado querer,

y temo

que este amor nos pueda hacer padecer.

Los dos. Mas cuando me miras

me vuelves loco de pasión

al ritmo de este vals

que sólo es una ilusión.

Calló la orquesta y los dos amantes dejaron de bailar. Ella se acercó nuevamente al banco donde estaban sentados antes y Pietro siguió diciéndole:

—Como le decía, los Dantarini han traído aquí a sus prometidas... ¿Quién sabe si yo habré hecho lo mismo?

Adela lo miró cariñosamente. No podía contener

todo el amor que latía en su corazón y le preguntó sonriendo:

—Pero, ¿no dijo usted que éramos enemigos?

—Hay que amar a los enemigos—le respondió el Príncipe.

—¿Y la cuestión de nuestros abuelos?—preguntó intranquila Adela. Pietro le cogió la cabeza obligándola a que le mirase de frente. En sus ojos advirtió todo el amor de la linda muchacha y le preguntó:

—¿Te preocupa?

Adela ya no supo contenerse más tiempo, se acercó a él, dejó que su cabecita se reclinase sobre el pecho del príncipe y suspiró.

—Sólo me preocupa una cosa... Saber si me quieres.

Y la contestación a tan deliciosa pregunta la obtuvo, al sentir en sus labios los del Príncipe que la besaba con pasión. Era la única vez que se sentía verdaderamente enamorado y estrechaba a Adela entre sus brazos con toda la ternura que podía sentir un alma tan propicia a aquel sentimiento como la suya.

EL FINAL DE UN LLILLO

Desde aquella noche, Adela y Pietro no dejaron de verse un solo día. Solos recorrieron en las artísticas góndolas los lugares más poéticos de Venecia y el idilio fué haciéndose cada vez más fuerte y uniendo más sus corazones. Se amaban con toda la fuerza de su juventud, sin pensar en las diferencias que existían entre sus abuelos, a quienes ellos se encargarían de reconciliar en el momento oportuno.

Aquellos amores no tardaron en llegar a conocimiento del viejo Príncipe y de Mister Grant. Este, acostumbrado a satisfacer todos los caprichos de su nieta no opuso el menor reparo en ello. Además veía que con aquella unión la posesión del escudo original que debería lucir en la fachada de la nueva fábrica le era más fácil y él fué quien alentó más a su nieta para que se celebrase aquella boda.

Pietro por su lado consiguió vencer también la hostilidad de su abuelo, si bien éste puso por condición de que Mister Grant no insistiría más en la adquisición del escudo.

Pero esto era, como se sabe, la obsesión del yanqui,

quien estaba dispuesto por todos los medios a apoderarse del escudo.

En vista de que mister Grant no cesaba en sus pretensiones, los familiares del Príncipe se reunieron en consejo familiar, ante la presencia de Mister Grant, quien nuevamente ofreció una crecida cantidad para que le cediesen los derechos del escudo. El Príncipe Dantarini, cuando vió reunidos a todos sus parientes les dijo:

—Ya sabéis el motivo de esta reunión—. Aquí sobran ya toda clases de explicaciones y razones, que por otra parte siempre me han fastidiado. El escudo no saldrá de mi casa, por nada del mundo.

—Pero es ridículo obstinarse de este modo—exclamó mister Grant—, la familia está dispuesta a vender.

—¿Es posible que los Dantarini se dejen convencer por el canto de la sirena de los dólares?—exclamó indignado el viejo Príncipe.

—Según lo alto que la sirena cante—exclamó un familiar, que veía en aquella venta un modo de resolver su precaria situación.

—Además—insinuó otro—hay que tener presente que de hecho ese escudo no sale de casa. Pronto estaremos todos unidos por los lazos del matrimonio entre Pietro y miss Adela.

—Esa es una razón, que yo no admito. Este no es el momento de la razón, sino de la fuerza—exclamó el viejo Príncipe.

Mister Grant ya no supo contenerse más ante la obstinación del Príncipe y exclamó indignado.

—Muy bien, emplearemos la fuerza. Veremos si el escudo pasa a mi nueva fábrica o se queda en este inmundo palacio.

—¡Inmundo!—exclamó el Príncipe lleno de cólera, al ver que hablaban despectivamente de su palacio—. ¿A qué llama usted inmundo? ¡Este palacio se ha quedado erecto desde hace siglos!

—¡Desde entonces ha tenido tiempo de ensuciarse!—exclamó Mister Grant.

—¡Se atreve usted...!

—Me atrevo—le interrumpió el yanqui—a ofrecerle cien mil liras. Esta es mi última palabra.

—¡Renuncio!—exclamó el jefe de los Dantarini—. Esta es mi última palabra también.

—Calma, señores, calma—intervino el abogado de los Dantarini—. ¿Será preciso, acaso, que se derrame sangre por un caso que no es preciso?

—¡Usted lo ha dicho—exclamó el Príncipe Dantarini—. Esto se ha de liquidar en el campo del honor.

—Pero, si en Venecia no hay campo, sólo hay agua.

—Pues lo liquidaremos en un torneo acuático.

—¿Está usted conforme?—preguntó el abogado a Mister Grant.

—Conforme—respondió éste, que no había prestado atención a las palabras del Príncipe. ¿De qué se trata?

—De un desafío a lanza—replicó el abogado—. Lo mismo que los antiguos caballeros, pero en vez de ser

a caballo, será en góndola. El primero que logre descabalar, o mejor dicho, desgondolar, al adversario, ese será el que gane.

—Vamos por parte—respondió Mister Grant—. Acepto ese desafío con una condición.

—¿Cuál?

—La siguiente. Si yo desgondolo al Príncipe y logro que se ahogue en el canal el escudo será mío.

—De acuerdo—respondió el Príncipe—. Pero si yo le desgondolo a usted, usted me paga las cien mil liras y se va del país sin mi escudo.

—Esta es mi mano—exclamó mister Grant, aceptando la condición.

—Y esta es la mía—respondió el Príncipe estrechando la del yanqui.

Y como testigos de aquel duelo quedaron todos los familiares del viejo aristócrata italiano.

Algunos días después se había celebrado ya la boda del Príncipe Pietro y de Adela. El viejo Dantarini había llamado a todos sus parientes para decirles.

—Os mandé llamar para ir a dar la enhorabuena a los novios. Venid conmigo, iremos al hotel donde se hospedan.

Todos juntos se dirigieron hacia el hotel donde estaban Pietro y Adela quien le decía a su esposa.

—¡Qué felices vamos a ser, amándonos como nos amamos, ¿verdad amor mío?

—Mucho—respondió ella abrazándose a él—. Sere-

mos un matrimonio modelo, sin que jamás exista entre nosotros la menor diferencia ni discusión.

—Este—siguió diciendo Pietro—es el momento más dichoso de mi vida.

—Y el que yo tanto ansié desde que te conocí—volvió a decirle ella.

Entraron en aquel instante el viejo Príncipe y sus familiares, acompañados de Mister Grant, que venía también para felicitar a los dos amantes.

—Enhorabuena, hijos míos—les dijo el Príncipe Dantarini, abrazándolos.

—¡Que seáis muy felices—exclamó Mister Grant, a la vez que entregaba a su nieta un precioso estuche, en cuyo interior había por toda joya un talonario de cheques.

—Como sé que te gustan los libros, te he traído uno—siguió diciendo el americano, al mismo tiempo que Dantarini, le entregaba a su nieto un voluminoso y antiguo libro y le decía:

—Yo también te he traído un libro. Es el tradicional de nuestra casa. En él verás que hay que dominar a la mujer y no dejarse vencer por ella.

—Esto es una conspiración—exclamó Adela indignada.

Mister Grant, también se sublevó ante aquel regalo y le dijo a su nieta:

—Llevas razón, hija mía. No dejes que te atropellen.

—Si no la dominas desde un principio estás perdido—exclamó Dantarini, dirigiéndose a Pietro.

—¡Eso que usted hace no es de caballero!—gritó Mister Grant.

—¡Yo soy más caballero que usted!—exclamó Dantarini.

—Señores, señores—intervino uno de los que habían acudido a felicitar a los novios—. No discutan así.

—¡Yo no discuto nunca!—exclamó Dantarini.

—¡El que no discute soy yo!—respondió Mister Grant.

—¡Usted y sólo usted es el que discute—volvió a decirle Dantarini.

—¡Mentira!—exclamó Mister Grant.

—¿Me llama usted embustero?—gritó irritado Dantarini, abalanzándose sobre el americano al mismo tiempo que éste hacía lo propio.

Los que estaban presentes sujetaron a los dos hombres, y el viejo aristócrata italiano le gritó mientras lo sacaban de la habitación de los novios.

—¡Nos veremos!

—¡Y tanto que nos veremos, carroña vieja!—exclamó Mister Grant, siguiendo a los que se llevaban a Dantarini.

Los novios estaban sobrecogidos por aquella violenta escena que habían presenciado y Pietro se acercó a Adela diciendole, cariñosamente:

—Te prometo que yo no sabía nada de esto que ha hecho mi abuelo.

Ella lo miró seriamente y al fin le dijo:

podía, claro que siempre que no fuese cosa de darle libertad.

Un día, Beppo haciendo de barbero, casi desollaba al pobre Salustino, hasta que dió por terminada su faena diciéndole:

—¿Quiere usted que lo deje más rapado?

—¡No por Dios!—exclamó Salustiano—. Mi cutis es delicado y no puede sufrir estos dolores. Yo estimo mucho todo lo que haces por mí, Beppo, menos esto de ensañarte con mi rostro.

—No hago más que lo que me tienen ordenado—respondió modestamente Beppo—. Me han dicho que le dé todo lo que pida.

—Pues entonces dame las llaves de estas argollas—exclamó Salustiano—. Déjame salir de aquí.

—Es la única cosa que no puedo hacer—le replicó Beppo.

—Pero, ¿por qué?—preguntó Salustiano.

—Eso tampoco lo sé, pero es así.

—Esto es inconcebible—se exclamó Salustiano—. Entonces ve a ver a Mister Grant y dile en la situación en que me encuentro.

—Esa es otra de las excepciones que han hecho, la de que no diga a nadie donde está usted.

—Pero...

—Adiós—le interrumpió Beppo—. No me puedo detener más—. Volveré a la hora de la comida. Y mientras que el criado subía a las habitaciones del palacio, el pobre Salustiano se lamentaba diciéndose:



Será una noche de ensueño.



— Sus ojos me atraen

- Es el "jardín de los Idilios"



- Como sé que te gustan los libros...



- ¡Me llama usted mentiroso!

Solo me preocupa saber si me quieres





~ Ven conmigo, Beppo,



~ ¿No quieren reconciliarte?

EL PRINCIPE GONDOLERO

65

— ¡Y dicen que Venecia es romántica!... ¡Reumática querrán decir, porque hay que ver el dolor que tengo, desde que me han encerrado en esta dichosa jaula, como si fuese un loro.

Al subir al palacio el criado, se encontró con el Príncipe Pietro y con su esposa. En el ademán de Pietro se advertía que no estaba muy conforme con su media naranja, por la acritud con que la trataba, aun cuando ella pretendía atraérselo con palabras cariñosas.

EL DOMINIO DE LOS DANTARINI

Desde el mismo día de la boda, el Príncipe Pietro se dió cuenta de que su mujercita tenía tanto de deliciosa como de caprichosa.

En efecto, Adela acostumbraba a que sus menores deseos fuesen órdenes severísimas para su abuelo, y mal podía avenirse a que Pietro quisiera imponerle su voluntad. Por lo mismo, cuando se encerró en su cuarto, esperó a que él le suplicase que le abriera, mas Pietro, comprendiendo que si quería vivir feliz tendría necesidad de toda su energía, se abstuvo de llamar y se puso a leer tranquilamente.

Adela seguía esperando, hasta que, transcurrida más de una hora, se asomó a ver qué era lo que hacía su esposo. Al verlo tranquilamente sentado, no pudo contentarse y le dijo:

—¿Es de esa forma como sabes dar a conocer todo el amor que decías tenerme?

Pietro dejó el libro y, levantándose, le dijo cortésmente:

—Creo que la prueba no puede ser mayor. Te has encerrado en tu cuarto, y no creí oportuno molestarte.

—Demasiado sabes por qué me encerré—contestó ella—. Yo no puedo consentir semejante insulto.

—Si me hubieras dejado explicarte, habrías comprendido que yo no tengo culpa alguna; pero como no lo has hecho así, no he podido sincerarme ante ti.

—¿Y por qué no me has buscado para decírmelo?

—Porque los Dantarini no van nunca detrás de sus mujeres; han de ser ellas las que los sigan.

—¡Pues conmigo no lo lograrás!—exclamó Adela.

—Tampoco me lo propongo—le respondió con calma Pietro—. Sé que no eres como las demás mujeres, y te dejo en completa libertad.

—¿Ves, ves como no me quieres?—protestó, casi llorando, Adela.

El Príncipe se acercó a ella y le dijo:

—No es eso, Adela, es que tienes que acostumbrarte a ser de otra forma.

—¿Por qué? ¿Acaso soy mala?

—Eres caprichosa. Estás acostumbrada a mandar, y no puedes consentir que nadie te contradiga. A mí me pasa lo mismo, pero como se da el caso de que soy el hombre, yo soy también el que ha de imponer su voluntad. Olvida todas esas quimeras que encierra tu cabecita y piensa solamente en el amor que nos ha unido.

—¿De verdad me quieres, Pietro?

—¡Con todo mi corazón!—exclamó él.

Adela se acercó mimosa y le echó los brazos al cuello, al mismo tiempo que le decía:

—¡Yo también te amo, Pietro! ¡Te amo como jamás pude soñar amar a nadie!

Y la primera nubecilla que empezó a nublar el cielo de aquel amor desapareció con el calor de aquel beso, que nuevamente unía a los dos amantes.

Mas los resabios de Adela no eran tan fáciles de quitar, y al día siguiente volvió a suscitarse otra cuestión.

Pietro había decidido abandonar el hotel y volver a vivir en su palacio. Se lo propuso a Adela, diciéndole:

—¿Qué te parece si nos fuéramos a vivir a mi palacio?

Ella hizo un mohín de disgusto, y Pietro preguntó, extrañado:

—¿Acaso no te agrada la idea de vivir allí? ¿Por qué?

—La verdad—respondió ella—, no me gusta mucho.

—Es el mejor palacio de Venecia—respondió con orgullo Pietro—. Cualquiera otra mujer se sentiría orgullosa de vivir en él.

—Se conoce que las mujeres de Venecia están muy poco acostumbradas a la vida moderna—respondió ella, intencionadamente.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó, nerviosamente, Pietro.

—Pues, sencillamente, que yo no iré al palacio, hasta que hayan hecho algunas reformas que creo necesarias.

—¿Reformas?

—Sí—respondió ella.

—Explicate—le dijo Pietro.

—Tu palacio es muy antiguo...

—Es verdad, tiene varios siglos—exclamó con orgullo Pietro.

—Por lo mismo—siguió diciéndole Adela—carece de todas las comodidades de la vida moderna. Allí no hay calefacción, no hay ascensor...

—¿Y por eso te niegas a venir a vivir allí?

—Sobre todo, por el ascensor—respondió ella—. Además, quiero que quiten todas las armaduras que hay por los salones y que le dan el aspecto de un museo, o de una tienda de antigüedades; los tapices han de ser reemplazados por otros más modernos, más originales, más artísticos...

—¿Estás loca?—preguntó extrañado él—. ¿No sabes apreciar lo que son joyas de arte?

—¡Ni estoy loca ni mucho menos!—exclamó indignada Adela—. Y en cuanto a saber apreciar las joyas de arte, me envanezco de conocerlas mejor que tú. Mi abuelo tiene muchos millones, y he podido tener cuantas joyas me ha dado la gana. ¡A mí no me hace falta tu palacio ni sus joyas para vivir!

—¡Ni a mí los millones de tu abuelo!—exclamó el Príncipe—. ¡De forma que, quieras que no, nos iremos a vivir al palacio!

—¡Te irás tú, porque yo no me muevo del hotel!—exclamó ella.

—¿Has pensado bien lo que has dicho, Adela?—le preguntó el Príncipe Pietro.

—Lo he pensado y te lo repito. ¡Yo no me voy a vivir a tu palacio! ¡Vete tú, si quieres!

—¿Y me dejarás?

—¿No me dejas tú a mí?

—Pero yo te propongo que vengas conmigo—respondió el Príncipe, conteniéndose a viva fuerza.

—También te propongo yo que te quedes.

—¿Es decir que te niegas en rotundo a venir?

—Mientras no hagan las reformas que te he dicho, yo no saldré del hotel.

—Está bien—terminó diciendo el Príncipe—. Ya sé lo que tengo que hacer.

Adela creyó que aquella contestación equivalía a que estaba dispuesto a complacerla y le dijo:

—Sobre todo, que no se te olvide que quiten las armaduras, y lo del ascensor.

El Príncipe ni siquiera le contestó. Se encerró en su cuarto y empezó a arreglar su ropa para trasladarse al palacio.

Adela entró poco después, y al ver lo que hacía, le preguntó extrañada:

—¿Pero para qué arreglas tu ropa?

—Porque me marchó—respondió secamente el Príncipe.

—¿Que te vas? ¿Dónde?—inquirió la joven nuevamente.

—Ya lo sabes. Al palacio—contestó secamente Pietro.

—¿Y yo?—preguntó Adela.

—Tú puedes hacer lo que mejor te parezca—le respondió el Príncipe—. He tomado la resolución de trasladarme allí y lo haré ahora mismo.

Hizo sonar un timbre, y al criado que se presentó, le dijo, una vez que tuvo cerrada la maleta:

—Esto que lo lleven al palacio del Príncipe Dantardini.

—Está bien, excelencia—respondió el sirviente, tomando la maleta—. ¿Desea algo más, excelencia?

—Nada más—respondió el Príncipe.

Salió el criado, y Adela volvió a decirle:

—Pietro, tú no te puedes marchar y dejarme.

—Yo haré lo que mejor crea—respondió él.

Adela temió por su felicidad, temió que aquella separación pudiese enfriar el amor de su marido, y le dijo:

—Yo también iré contigo, Pietro. No me opondré a que queden las armaduras... Con tal de que pongan ascensor y cambien los tapices.

—No se cambiará nada—exclamó Pietro—. El dueño del palacio soy yo, y haré allí lo que quiera, lo mismo que puedes hacerlo tú de tus millones, que nada me importan.

Indudablemente, la energía de Pietro desarmaba a Adela. Comprendía él que cualquier vacilación en aquellos momentos hubiera sido lo mismo que dejarse vencer por ella y perder su dominio sobre la mujer amada, y, por lo mismo, se mantenía en una actitud indife-

rente, como si nada le importase lo que ella pudiera hacer.

Adela seguía suplicándole y diciéndole:

—Pietro, por favor, te lo ruego, escúchame.

—Ya he escuchado bastantes majaderías tuyas—respondió él—. He decidido acabar de una vez esta situación y la termino ahora mismo.

—¿Pero ya te has cansado de mí, a los dos días de matrimonio?—preguntó ella, mimosamente.

—Me he cansado de tus caprichos—le dijo él.

Adela intentó ganarlo con sus mimos, y se abrazó a él, diciéndole:

—Pietro, ¡si supieras cuánto te amo! ¿Por qué me haces sufrir así? Yo haré todo lo que tú quieras. Iré a vivir al palacio. Me contentaré conque el ascensor sólo llegue hasta el segundo piso; pero no me dejes...

Pietro la rechazó suavemente, y Adela volvió otra vez a abrazarse a él, diciéndole:

—No, no dejaré que te vayas. Tienes que quererme como yo te quiero a ti. Me lo has jurado muchas veces. ¿No te acuerdas ya de nuestros paseos por los canales, de todas aquellas canciones que me cantabas... de cuando me pedías que te besara? Bésame ahora.

—Ahora no me interesa nada de eso—replicó el Príncipe, desasiéndose del abrazo de su esposa y saliendo de la habitación.

Adela corrió tras él, sin preocuparse de nada que no fuera su marido. Se veía vencida, dominada por el Príncipe, y ya no intentaba luchar más que por conservar-

lo. Le hubiera bastado una palabra de él para que ella hubiese accedido a todo lo que él quisiera. Pero el Príncipe no dijo aquella palabra y siguió hasta la puerta del hotel. Pidió allí una góndola y le dijo al conductor:

—Llévame al palacio.

—Bien, Excelencia—repuso el gondolero, impulsando la frágil góndola hacia el palacio de los Dantarini.

Adela, que seguía al Príncipe, al verlo embarcar, llamó al «maitre» del hotel y le ordenó:

—Quiero que me proporcione usted la góndola más rápida que conozca.

—En seguida, señora—respondió el «maitre».

Llamó a uno de los gondoleros y le dijo:

—Sirve a la señora.

Subió inmediatamente Adela, y el gondolero le preguntó:

—¿A dónde quiere que la lleve? Conozco todos los sitios más bellos de Venecia.

—Lléveme al palacio de los Dantarini. ¿Ve aquella góndola que va delante?

—Sí—respondió el gondolero—. Es la del Príncipe Pietro.

—Pues quiero llegar al palacio al mismo tiempo que el Príncipe.

—Llegará, señora, llegará—contestó el conductor.

—Si lo consigue—le dijo Adela—le daré cuarenta li-ras de propina.

Al oír la cantidad que le ofrecía, el gondolero redobló

sus esfuerzos, y al mismo tiempo que desembarcaba el Príncipe, lo hacía también Adela.

—¿A qué has venido?—le preguntó el Príncipe.

—A estar contigo—le respondió ella.

El Príncipe se la quedó mirando y estuvo a punto de soltar la carcajada, mas consiguió dominarse y echó a andar hacia el interior del palacio, sin responderle si quiera.

Adela siguió tras él, intentando detenerlo, pero el Príncipe, como si no se diera cuenta de que le seguía, iba cruzando los salones, mientras que Adela, de cuando en cuando se detenía ante él y le decía:

—Pietro, estoy conforme con que quede el palacio tal como está, pero dime que me quieres.

Pietro no le respondía, y ella volvía otra vez a preguntarle:

—¿Pero no me quieres?... ¿No me amas ya?

Entraron en el salón, y el Príncipe se detuvo a mirar varias armaduras que había allí colocadas y varios tapices, mientras que Adela sonreía ya creyendo que al fin iba a vencer. Sin duda, el Príncipe miraba todos aquellos objetos dispuesto a suprimirlos para darle gusto a ella.

Apareció un criado, y al ver a los esposos, les dijo:

—¡Excelencias!... ¡No sabía que habían llegado... ¿Desean algo?

—¿Dónde está Beppo?—preguntó el Príncipe.

—Creo que está en los sótanos—respondió el sirviente—. ¿Quiere su Excelencia que lo llame?

—No, déjalo—respondió el Príncipe.

—¿Desea algo de mí, Excelencia?

—Nada—replicó secamente el Príncipe—. Que me dejes solo. Cuando venga mi abuelo, me avisas.

—Está bien, Excelencia—respondió el criado, retirándose, a la vez que miraba extrañado a los dos esposos.

Adela se acercó nuevamente a su esposo y le dijo:

—¿Ves? Hasta los criados se están dando cuenta.

—No me importa—respondió el Príncipe—. Lo han de saber de todos modos.

—Pero ¿qué es lo que han de saber?—preguntó angustiada Adela.

—Lo que pasa entre nosotros.

—Pero yo no quiero que pase nada—respondió Adela—. ¿No te he dicho que estoy conforme con todo lo que tú quieras? Además, yo no me había fijado bien en el palacio. Ahora, lo encuentro todo muy bien.

—Eso es lo que debías haber hecho antes—replicó Pietro. Fijarte bien. Ya verás lo que dice mi abuelo cuando se entere de todo.

—¡No, no por Dios!—exclamó asustada Adela—. Yo no quiero que tu abuelo se entere de nada. Tiene un genio que da miedo.

El Príncipe fué a responderle, pero en aquel instante oyó que se abría la puerta que comunicaba con los sótanos y aguardó a ver de quién se trataba. Vió que era el fiel Beppo y se dirigió hacia él.

Beppo al verlos, corrió al lado del príncipe y le dijo:

—Me alegro que Vuestra Excelencia haya decidido volver al palacio.

—Gracias, Beppo—le respondió el Príncipe.

—¿Quiere usted que anote esas reformas que me dijo, para que las hagan inmediatamente?

—No es preciso—respondió el Príncipe.

—Pero tú me prometiste...—empezó diciendo Adela.

—Pues ya no te lo prometo—exclamó secamente Pietro, al mismo tiempo que seguía inspeccionando los muebles antiguos del palacio y le decía a Beppo:

—Este tapiz se está apolillando. Que avisen al especialista del Museo para que venga a restaurarlo.

Adela se acercó a su esposo y medio llorando le dijo:

—Antes de casarnos me prometiste que me querías toda la vida.

—No creí que fueras tan orgullosa—le respondió él, y siguió diciéndole al criado:

—Esta armadura también necesita que la reparen.

—Pero, Pietro—exclamó su mujer—. ¿Por qué te pones así? ¡Y todo porque quiero que instalen un ascensor en el palacio!

—Si el jardinero pregunta por mí—le dijo Pietro a su criado—dile que voy al jardín a darle de comer a los peces.

—¿Pero no hay criados que lo hagan?—exclamó Adela.

—Los Dantarini han dado siempre de comer a los peces personalmente y yo quiero seguir todas las tradiciones de mi familia, pese a quien pese.

Sin esperar a más salió de la sala, mientras que Adela, se abrazaba a Beppo y le decía llorando.

—¡Ay, Beppo, ya no me quiere! ¡Ni siquiera me escucha!

Beppo era un pobre muchacho, que no podía ver una pena, sin buscar en seguida algún medio para aliviarla. Vió llorar a su amita y se olvidó de todas las recomendaciones hechas por el príncipe.

—¿Permite Vuestra Excelencia que le de un consejo?—le dijo.

—Sí, Beppo—exclamó ella—. Tú conoces bien al Príncipe y podrás decirme qué he de hacer para ganarme otra vez su amor.

—Pues bien, ya sabe que los Dantarini tienen por lema dominar a sus mujeres por miedo de perderlas o sea que son simplemente celosos.

—¿Y qué adelanto con ello?

—Yo ya no puedo decirle nada más, me comprometería demasiado.

Adela comprendió lo que quería decirle el criado y exclamó alegremente.

—¡Ya sé!... ¡Sí!... ¡Es verdad!... ¡Ven conmigo!

—¿Pero adónde me lleva?—preguntó Beppo.

—Abajo, a los sótanos.

—¿Y qué vamos hacer allí?

—Tú ven, de lo demás yo me encargo.

Arrastrándole materialmente lo llevó a los sótanos y señalando hacia la jaula donde estaba Salustiano, le dijo al criado:

—Ese nos puede servir a maravilla. Estará dispuesto a todo.

—Se acercó a la jaula y Salustiano al verla, le dijo casi llorando:

—Mala, más que mala, me has dejado encerrado aquí y te has casado...

Ella estuvo a punto de soltar la carcajada, mas se contuvo y le dijo fingiendo un gran cariño:

—¿Te ha faltado, acaso que comer? ¿No me he cuidado yo de que todo lo que pidas se te sirva?

—No—respondió Salustiano, dejándose convencer inmediatamente—. En este sentido no me puedo quejar... ¡Si sólo me quitaran estos hierros!

—No te apures, Salustiano—le respondió Adela—, ahora mismo voy a quitártelos.

Se fué adonde había quedado Beppo y le dijo:

—Dame las llaves de esas argollas.

El criado le entregó lo que le pedía y Adela continuó diciéndole:

—Ahora es cuestión de que el Príncipe me encuentre aquí con él. A ver cómo te las arreglas.

—Ya comprendo—exclamó sonriendo el criado—. Hay que seguir las tradiciones de la familia. Lo primero que el Príncipe se va a creer es que este caballero es vuestro amante.

Salió Beppo y fué en busca del Príncipe a quien le dijo intencionadamente:

—En el sótano, Excelencia... En el sótano.

—¿Qué pasa en el sótano?—preguntó sin comprender el Príncipe Pietro.

—Sírvase, Vuestra Excelencia bajar al sótano y verá algo que le interesará. Se trata de la princesa.

Al oír que se trataba de su esposa, el Príncipe Pietro corrió al lugar donde le indicaba su sirviente y encontró a Adela abrazada a Salustiano, mientras le decía:

—Salustiano, cuando quiero a alguien recorro a todos los medios, por eso te he tenido encerrado, para que no te escaparas. Ahora soy un Dantarini y mi lema es POR LA RAZON O POR LA FUERZA.

—Yo siempre estoy al lado de la razón—repuso Salustiano, asombrado de aquel repentino cariño que se había despertado en su amada—pero, sin embargo, todo el mundo emplea conmigo la fuerza...

—¿Qué significa esto?—exclamó el Príncipe, sin poder contener por más tiempo los celos.

Adela se volvió a él y le dijo sonriendo:

—Como sé que ya no me quieres, he decidido buscar un amante.

—¿Un amante?—exclamó cada vez más exaltado el Príncipe—. ¿Acaso quieres que cometa un asesinato?

El pobre Salustiano temblaba como un azogado al ver el aspecto del Príncipe. Temía por su vida, y casi de rodillas le suplicó al Príncipe;

—Por favor, no me mate.

Adela, fingiendo también miedo, le dijo cómicamente:

—Ni a mí tampoco...

Pietro separó de su lado a Salustiano, mientras le decía despectivamente:

—¡Quítese de aquí! ¡Yo no mato mariposas!... ¡Salga de aquí! ¡Que no le vuelva a ver en palacio, si no quiere morir atormentado.

—¿Pero cómo me voy a ir?—preguntó angustiado Salustiano.

—¿Se atreve a replicarme?—preguntó amenazador Pietro.

—Nada de eso—exclamó Salustiano—. Si mi mayor placer es salir cuanto antes de aquí, pero resulta que yo no sé nada, y como no me presten una góndola, mal podré salir del palacio.

—¡Pues ahóguese!—exclamó Pietro, fastidiado por la presencia de aquel hombre.

—Si no sé tampoco cómo se hace eso. Le prometo que nunca me ha pasado por la imaginación aprenderlo...

—Pues apréndalo hoy.

Salustiano comprendió que peligraba allí y pensando que cuanto antes se alejara sería mejor para él, subió al palacio, decidido a buscar la forma de salir de él.

Cuando quedaron solos, Pietro se encaró con su mujer y le preguntó:

—¿Qué hacías aquí con ese mosquito?

—Me divertía—respondió ella—. Como sé que tú ya

no me quieres, pues buscaba cariño en quien me lo ofrecía de verdad.

—¿Y tú crees que esa mariposa puede querer a una mujer?

—Según como se mire—replicó ella—. Por lo pronto, nunca se ha opuesto a mis deseos.

Pietro la cogió por un brazo y mirándola amenazador le dijo:

—No olvides una cosa, Adela.

—¿Cuál?—preguntó ella, sin dar muestra del menor espanto.

—Que eres la esposa de un Dantarini y que los Dantarini saben castigar a sus mujeres como nadie.

—¿Acaso me piensas martirizar con alguna de estas máquinas?—preguntó riendo ella.

—¡No sé lo que haría contigo, si supiera que eras infiel!—exclamó Pietro, a quien la calma de ella excitaba cada vez más.

—Pues tienes el medio para que no ocurra eso—le dijo Adela.

—¿Qué quieres decir?

—Que seas más galante conmigo, que te muestres más cariñoso y verás cómo soy una esposa modelo.

—Para ser una esposa modelo te falta una cosa.

—Ahora soy yo la que no te comprendo—replicó ella, acercándose reconciliadora a donde estaba su esposo.

—Sencillamente, para que seas una esposa modelo tienes que olvidar todas esas cosas de tu país. Darte

cuenta de que quien manda soy yo y de que todos esos mimos que tenías han pasado. Una vez que hagas esto verás que yo soy el esposo más amante que ha habido en todos los tiempos.

—¿Y me querrás mucho?—preguntó Adela, sonriéndole deliciosamente.

—Te querré mucho más de lo que ahora te quiero. Ya ves si llegaré a quererte.

—¿Entonces, es que ahora me quieres?—preguntó Adela, alegremente.

—¿No lo sabes?—respondió Pietro, sin poder resistir el encanto de su esposa.

—Eso es lo único que yo quería saber—exclamó Adela, echándose en sus brazos.

La reconciliación era ya casi segura, más en aquel instante apareció Beppo y exclamó:

—¡Excelencia! ¡Excelencia!

—¿Qué ocurre?—preguntó el Príncipe, molesto por la presencia del criado.

—¡Horrible!... ¡Horrible!

—¿Se ha suicidado Salustiano?—preguntó Adela.

—Peor todavía...—respondió el criado.

—¿Qué barbaridad habrá hecho ese hombre?—se preguntó Pietro.

—¿Qué pasa?—insistió preguntando Adela.

—¡Vuestro abuelo!

—¿Su abuelo?—preguntó el Príncipe.

—¡El vuestro!

—¿El mío?

—¡El de la princesa!

—¿Quieres hablar de una vez?—exclamó el Príncipe—. ¿De qué abuelo se trata?

—De los dos—respondió el criado—. Los dos están a punto de matarse. Tenemos que evitarlo... ¡Por favor, vengan!

Los dos jóvenes echaron a correr hacia las habitaciones de palacio, pero allí no vieron a nadie y el Príncipe le preguntó al criado:

—¿Dónde están?

—En el canal—respondió el criado.

Salieron a la puerta y vieron que, en efecto, allí estaban los dos viejos preparados para un desafío, mientras que el juez les decía:

—¿Están listos los contendientes?

—¡Listos!—exclamaron a una los dos.

—¿No quieren reconciliarse?—preguntó de nuevo el que actuaba de juez.

—¡No!—respondieron al mismo tiempo los dos rivales.

—Entonces pongan atención a las condiciones del duelo—siguió diciéndoles el juez.

—Cuando yo dispare, las dos góndolas avanzarán y queda abierta la lucha. ¡A las góndolas!

—Cada uno subió a la góndola que tenía preparada, mientras que los familiares del Príncipe le animaban diciéndole:

—Por el lema, por el honor...

—Y por el escudo—terminó diciendo Mister Grant.

Adela, al ver lo que intentaban los dos viejos, exclamó asustada:

—¡Allí están, Pietro! ¡Hay que detenerlos, antes de que cometan una locura!

—Dejemos que luchen—respondió Pietro, que quedó tranquilo al ver de qué se trataba—. Al fin y al cabo, mi abuelo es quien va a ganar.

—¡Eso lo veremos!—respondió Adela, molestanda al ver que su esposo despreciaba el arrojo de su abuelo.

—¡Lo veremos!—insistió el Príncipe—. Mi abuelo es muy valiente y no se dejará vencer por su contrario.

—Más valiente es el mío y tampoco se dejará ganar. Estoy segura de que saldrá vencedor.

—Y yo estoy seguro de que perderá. Los americanos no entienden de estas cosas.

—Más que vosotros, los venecianos—le respondió ella.

—Tú tienes que callarte, porque para eso soy yo el marido.

—Aquí no hay marido que valga—respondió ella—. Yo digo que mi abuelo gana y tiene que ganar. Nunca se ha opuesto a un deseo mío.

—Ni el mío tampoco me ha negado nunca un capricho—respondió el Príncipe.

—¡Eres insoportable!—le dijo al fin su esposa.

—Más lo eres tú. Cada vez me arrepiento más de haberme casado contigo.

—Pues si quieres podemos divorciarnos. Así como así, lo que me sobran a mí son pretendientes.

—Y a mí mujeres—respondió él—. En Venecia encontraría mil que desearían que yo las quisiese.

—Se guardarían muy bien de hacerlo—exclamó celosa ella—. Dime una nada más, si eres capaz.

El Príncipe comprendía que todo aquello eran resabios de niña mimada, y como su intención era únicamente el curarla de ellos, ni se dignó contestarle, sino que se separó de Adela y siguió con interés la lucha entablada entre los dos abuelos.

Las góndolas avanzaban rápidamente, buscando la una a la otra. Sobre la popa de cada una de ellas se había colocado una especie de plataforma y encima de esta plataforma iban los combatientes.

Cada uno de ellos iba provisto de una larga lanza de caña de bambú, en cuyo extremo había una gran pelota enguatada, con el fin de que no se pudieran hacer daño, ya que el desafío consistía en lograr tirar al adversario al agua.

Una y otra góndola se acercaban cada vez más, hasta que el encuentro fué inevitable.

Las lanzas de los dos alcanzaron a su respectivo adversario y luchaban por arrojarle al canal.

Empeño inútil el de los dos. Ambos viejos parecían estar clavados en aquella plataforma y las lanzas se cimbreaban como si fueran a partirse.

—¡El Príncipe gana!—exclamaba de pronto uno de sus familiares.

—¡Ahora cede él!—exclama inmediatamente otro.

—Ahora es el americano el que ataca—decían poco después, siguiendo los incidentes de la lucha.

Adela miraba también el desafío y apenas si podía contenerse. De buena gana hubiera ido a donde estaba su abuelo para ayudarle a tirar al canal al viejo Dantardini y demostrarle así a su esposo de que era ella la que tenía razón. Pero aun cuando su deseo era muy elogiable y grande, tenía que contentarse viendo cómo a cada instante su abuelo ofrecía el aspecto de vencido, para recuperar luego, inmediatamente, la posición de vencedor.

Era inútil también que los gondoleros pusiesen de su parte cuanto podían para ayudar al viajero de su góndola.

Terminó por fin el primer encuentro, sin que ninguno de los dos resultase vencido ni vencedor.

Las góndolas se cruzaron y se prepararon nuevamente para el segundo ataque.

—Ahora sabremos quien es el vencedor—dijo uno de los testigos.

—Es imposible que resistan el segundo ataque—comentó otro.

—Ha sido muy fuerte el primero—opinó otro—. En éste ha de decidirse la suerte del vencedor.

—Será la de mi abuelo—dijo Adela.

—O la del mío—respondió el Príncipe.

—El tuyo ya casi no podía sostenerse en la góndola—comentó Adela.

—El que no podía aguantarse era el tuyo—protestó Pietro.

—¿Quieres decir que tu abuelo tiene más fuerza que el mío?—preguntó indignada ella.

—Claro que sí—exclamó convencido él.

—Pues ya verás como te engañas. Me gustaría sólo por una cosa.

—¿Por cual?—preguntó Pietro.

—Para demostrarte que soy yo la que siempre lleva razón.

—No lo conseguirás, porque el que lleva razón siempre soy yo. Tú lo único que haces es discutir, sin pensar lo que discutes.

—¿Otra vez quieres empezar la pelea?—preguntó Adela.

—¡Tú has sido la que la has empezado!—le dijo Pietro.

—Pues hemos terminado, así no discutiremos más. En cuanto mi abuelo vuelva, me iré con él.

—¿Y si pierde?—preguntó el Príncipe.

—Entonces haré lo que tú digas—terminó diciendo la Princesa.

Otra vez avanzaban las góndolas, otra vez se disponían los dos combatientes a lanzarse el uno sobre el otro. Caballeros en góndolas y lanza en ristre se preparaban a salir vencedores de aquel torneo en el que se ventilaba, no solamente el honor, sino el escudo de los Dantarini o cien mil liras.

Llegaron, pues, los adversarios el uno cerca del otro, se lanzaron al ataque y los dos combatientes oscilaron ante el ímpetu de la primera acometida. Mas nuevamente se rehicieron y otra vez se atacaron con igual denuedo.

Los que desde palacio presenciaban aquel espectáculo estaban admirados de la potencia de los dos viejos. Ninguno hubiera creído que fuesen capaces de semejante hazaña; mas ellos seguían las góndolas, sin pronunciar palabra, por temor a perder algo de toda la fuerza que necesitaban.

Finalmente, los dos dieron un paso atrás, como deseando de terminar de una vez, se lanzaron con más furia que nunca el uno contra el otro, y del encuentro resultó que los dos cayeron al agua.

—¡Ninguno ha ganado!—exclamaron con desaliento

los familiares, que esperaban aquella victoria para cobrar algo de las cien mil liras del americano.

—¡Parece mentira que nuestro primo no haya sabido vencer a un americano!

Mas los dos combatientes, al verse sumergidos en el agua, olvidaron sus polémicas y cada uno buscó la forma de auxiliar al otro, hasta que estuvieron puestos a salvo por los mismos gondoleros. Una vez embarcados en la góndola que los recogió, se estrecharon las manos y Dantarini le dijo a su adversario:

—¡Es usted valiente, amigo!

—¡Tampoco es usted cobarde!—respondió el otro.

—Por su valor merece usted que le entregue el escudo sin que me pague nada por él.

—Yo no lo admito si no es vendido—exclamó Míster Grant.

—Nada de ventas. Somos de la familia y puede usted llevárselo cuando guste.

—Por lo mismo no me lo llevaré. ¿Acaso me cree usted capaz de quitar ese escudo del palacio donde va a vivir mi nieta?

—También va a ser la fábrica de mi nieto—replicó Dantarini—, y puesto que usted desea que sirva allí de lema, puede llevárselo.

—Ahora no lo quiero—respondió míster Grant—. So-

mos amigos y no puedo consentir que un escudo como ese deje de presidir la fachada de un palacio del abo-
lengo y nobleza tan grandes como el de los Dantarini.

—Pero el jefe de la casa de los Dantarini—insistió el Príncipe—tiene el honor de cedérselo al nuevo caba-
llero de la industria.

—Nunca lo consentiré—respondió Mister Grant.

En esta discusión, el uno ofreciendo el escudo y el otro negándose a recibirlo, llegaron a la puerta del pa-
lacio, donde estaban todos los testigos de aquel famoso duelo. Al saltar sobre la escalinata, Dantarini le ofreció la mano a su adversario y lo abrazó ante todos, di-
ciendo:

—Ninguno de los dos ha vencido. Hemos decidido reconciliarnos y en prueba de nuestra buena amistad, yo le cedo gratuitamente el escudo de nuestra casa.

—¿Y el dinero?—preguntaron asustado varios fami-
liares del Príncipe.

—¡No hay dinero!—exclamó indignado el Príncipe.
—El que quiera dinero que lo gane. Que se ponga a hacer martillos, que eso produce mucho, verdad, mister Grant?

—Verdad—respondió éste riendo—. Pero no quiero ser yo el que defraude a estos hombres. Puesto que lo

que queréis es dinero, yo os lo daré, sin necesidad de llevarme el escudo.

Todos miraron extrañados al viejo americano, que continuó diciéndoles:

—Sólo impondré una condición.

—¿Cuál?—preguntaron varios de los reunidos.

—Quedamos en que daría por el escudo cien mil li-
ras, ¿verdad?

—Sí—exclamaron.

—Pues esa misma cantidad será la que entregaré, pero con la condición de que servirá para que os deis un viajecito por ahí y no volváis más a este palacio, que mancháis con vuestra presencia pedigüeña.

—Lleva razón mi amigo—exclamó el viejo Dantari-
ni—. Los que pertenecen a una familia como la nuestra no pueden bajar a ciertos actos, como vosotros lo habéis hecho. Tomad el dinero y buscad donde gastarlo, pero tened presente que este palacio ya no es de los Danta-
rini solamente, sino que también es de los Grant.

—¡Admirable!—exclamó Mister Grant, abrazando a su antiguo adversario—. Esto hay que celebrarlo. Come-
remos los cuatro juntos, por algo tengo yo el estómago mejor del mundo.

—Poco a poco—exclamó Dantarini—. El mejor estó-
mago del mundo es el mío.

—¡El mejor es el mío!—exclamó Mister Grant.

Beppo se dió cuenta de que otra vez iban a liarse los dos viejos y se acercó a ellos diciéndoles:

—Excelencias, ¿no les parece que los dos estómagos son iguales?

El Príncipe se echó a reír ante la ocurrencia de su criado y dándole un cariñoso golpecito en el hombro le dijo:

—Dices bien, los dos estómagos son los mejores del mundo.

—Pues a la mesa—exclamó Mister Grant.

—¡A la mesa!—exclamó Dantarini marchando del brazo del yanqui.

Y mientras que los abuelos entraban a palacio y los demás familiares se alejaban en sus góndolas, Adela y Pietro quedaron sin atreverse ninguno de los dos a empezar la conversación.

Finalmente, viendo Pietro que ella no se atrevía a entrar, le dijo:

—¿Has visto como no ha ganado tu abuelo?

—Tampoco ha ganado el tuyo—respondió Adela.

—Pero se han hecho amigos—dijo él.

—Eso parece—respondió ella.

—¿Quieres que hagamos nosotros lo mismo?

Adela no contestó, sino que fué acercándose a donde

estaba su marido, hasta que éste la estrechó entre sus brazos y le dijo:

—¿Estás convencida de que te quiero con toda mi alma?

—Yo me convenceré de todo lo que tú quieras, Pietro—respondió dulcemente ella—Desde hoy no discutiremos más, haré todo lo que desees. Viviré en el palacio sin que le hagas ninguna reforma, aunque creo que un ascensor hasta el piso no es mucho pedir, pero si tú no quieres yo sabré sacrificarme y subir a pie.

—¡De ningún modo!—exclamó el Príncipe—. ¿Cómo voy yo a consentir que tú te canses de esa forma? Tendrás el ascensor y todo lo que quieras.

Ella se abrazó con fuerza a él, mientras que sonreía deliciosamente por dos cosas. Una por estar segura de que le amaba él y la otra por ver como había vencido al último de los Dantarini. Ella no había necesitado de la fuerza, le había bastado la astucia, para salir victoriosa de la batalla emprendida.

Pietro rodeó el talle de la joven con su brazo, y mientras se dirigían al interior del palacio fué cantándole aquella canción veneciana que decía:

«Es ideal poder pasar
las noches en Venecia.
Poder sentir y resistir
del amor la vehemencia.
Poder soñar con el amor
que anima la existencia,
con el vaivén arrullador
del canal de Venecia.
Los compases de los remos
parecen arrullar
nuestro sueño encantador,
para siempre nos queremos.
Y será eterno nuestro amor,
nuestro amor,
nuestro amor.
Es ideal poder pasar
las noches en Venecia.
Poder sentir y resistir
del amor la vehemencia.
Poder soñar con el amor
que anima la existencia.
Con el vaivén arrullador
del canal de Venecia,
Venecia...

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA - - LA MAS SELETA - - ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

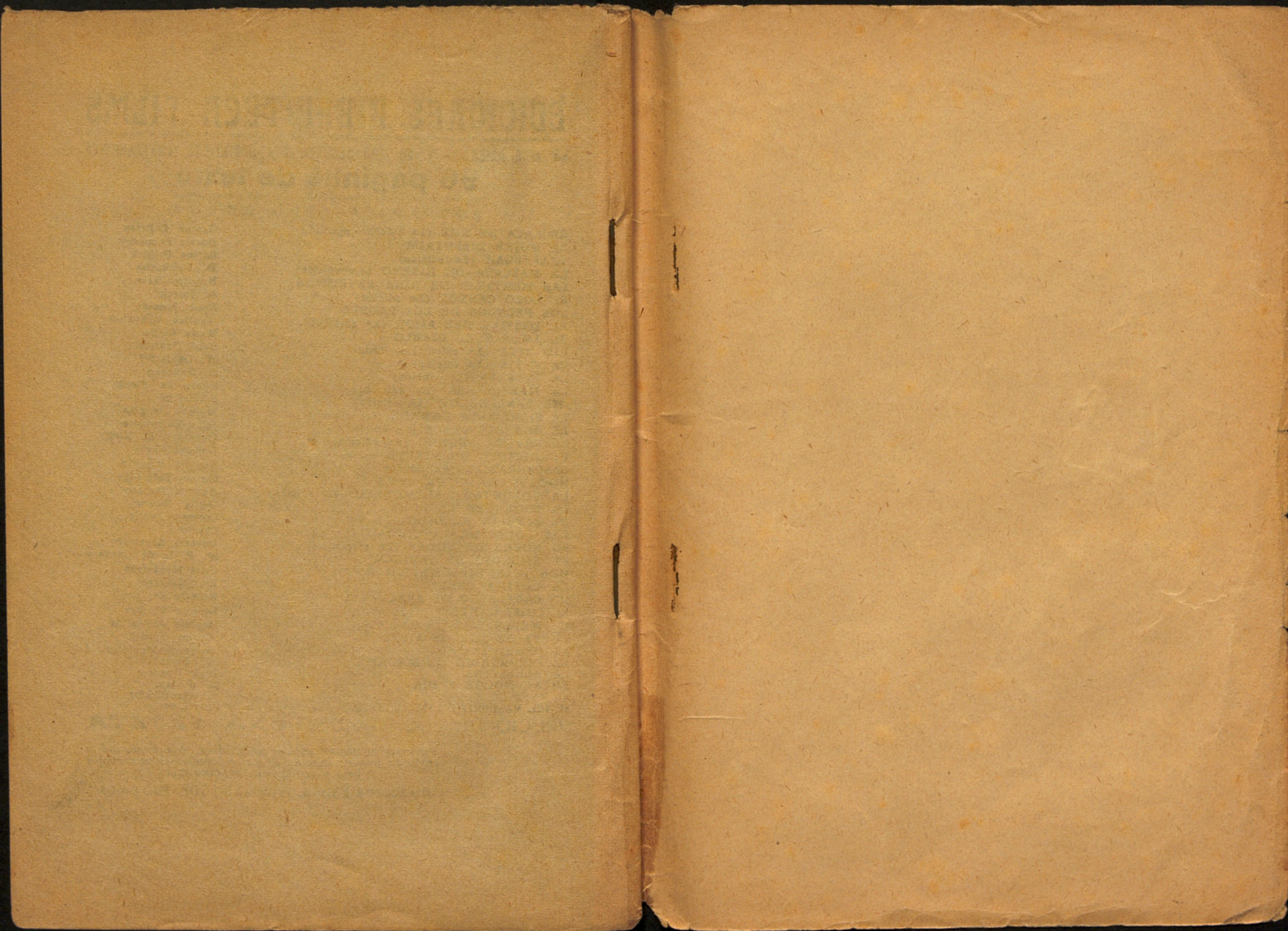
EL ARCA DE NOE (2.ª edición) agotada
LA MUJER DISPUTADA
TRAFALGAR (3.ª edición)
LA MASCARA DE HIERRO (4.ª edición)
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA
EL LOCO CANTOR (3.ª edición)
LOS PECADOS DE LOS PADRES
EL DESFILE DEL AMOR (9.ª edición)
EL AMOR Y EL DIABLO
RIO RITA (3.ª edición) agotada
RASPUTIN (4.ª edición)
LA INTRUSA (3.ª edición)
LA MARSELLERA (2.ª edición)
¡ME PERTENECES! (6.ª edición)
LA FIERRECILLA DOMADA (6.ª edición)
EL GENERAL CRACK (4.ª edición)
EL REY VAGABUNDO (5.ª edición)
UN HOMBRE DE SUERTE
CASCARRABIAS (4.ª edición)
NOCHES DE NUEVA YORK
LA VOLUNTAD DEL MUERTO (2.ª edición)
LA MUJER EN LA LUNA
EL ZEPELIN PERDIDO
LAS LUCES DE LA CIUDAD (2.ª edición)
SU NOCHE DE BODAS (2.ª edición)
EL EMBRUJO DE SEVILLA
DON JUAN DIPLOMATICO
LA ULTIMA ORDEN
UN CABALLERO DE FRAC
EL COMEDIANTE
LO MEJOR ES REIR (2.ª edición)
LUCES DE BUENOS AIRES
NAUFRAGOS DEL AMOR
EL SECRETARIO DE MADAME
LA ARLESIANA
ENTRE NOCHE Y DIA
AL ESTE DE BORNEO
M. (EL VAMPIRO DE DUSSELDORF)

George O'Brien
Norma Talmadge
Cecile Griffith
D. Fairbanks
Brigitte Helm
Al Jolson
Emil Jannigs
Maurice Chevalier
María Corda
Bebé Daniels
W. Gaidaroff
G. Swanson
Laura La Plante
F. Bertini
Mary - Douglas
John Barrymore
Donald - D. Kings
Roberto Rey
Ernesto Vilches
Norma Talmadge
Antonio Moreno
Gerda Maurus
Conway Tearle
Charlot
Imperio Argentina
M. F. L. de Guevara
Celia Montalvan
Emil Jannigs
Roberto Rey
Ernesto Vilches
Imperio Argentina
Carlos Gardel
Jeannette Mac Donald
W. Forts
José Noguero
E. d'Algy.
Charles Bickfor
Peter Lorre

PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona



UNA peseta
